PAULINE RÉAGE

HISTORIA de O

RETORNO A ROISSY



«Las páginas que siguen», escribe la propia Pauline Réage en la nota que antecede a este *Retorno a Roissy*, «son una continuación de la *Historia de O*. En ellas se propone deliberadamente la degradación, y por tanto, nunca podrían haberse integrado en la novela».

Con estas palabras, la autora contesta por adelantado a quienes quieren ver en este libro ese capítulo final que, según constaba en su última página, fue suprimido en la *Historia de O*. Se decía que «O volvía a Roissy, donde Sir Stephen la abandonaba». Eso es, en rigor, lo que ocurre en este Retorno. Pero, para nuestra sorpresa, la atmósfera del relato cambia ahora radicalmente, desvelándose con violencia la mórbida realidad que permanecía oculta bajo esa ascesis fanática del erotismo que era —que es— *Historia de O*.

El claustro consagrado a la transfiguración del amor se nos descubre aquí como un trivial burdel de lujo. Sus pupilas no son más que vulgares prostitutas. El propio Sir Stphen, «el fascinante príncipe de ojos grises», un delincuente, un estafador.

Como André Pieyre de Mandiargues escribe en el suculento postfacio que cierra este volumen, «*Retorno a Roissy* es un ala agregada al castillo casi mítico de O para descubrir que una mina colocada en sus cimientos está a punto de estallar y destruirlo».

LELIBROS

Pauline Réage

Retorno a Roissy

Historia de O — 2

NOTA

En la actualidad, hay quien presume que *Retorno a Roissy* no fue escrito realmente por Pauline Réage, si no por alguien que se sirvió de su pseudónimo.

UNA MUCHACHA ENAMORADA

Cierto día, una muchacha enamorada dijo al hombre que amaba: yo también podría escribir una de esas historias que te gustan… ¿Tú crees?, respondió él. Se encontraban dos o tres veces a la semana, pero nunca en las vacaciones, nunca en los fines de semana. Cada uno robaba a la familia o al trabajo el tiempo que pasaban juntos. En las tardes de enero y de febrero, cuando los días se alargan y el sol envía desde el oeste reflejos rojos sobre el Sena, se paseaban sobre las orillas, por el Quai de Grands-Augustins, por el de la Toumelle, se abrazaban bajo la sombra de los puentes. Un vagabundo les gritó una vez: ¿Quieren que les pague una habitación? Sus refugios cambiaban a menudo. El viejo coche, que la chica conducía, los llevaba al Zoo para ver las jirafas, o a Bagatelle, en primavera, para ver los lirios y las clemátides, o en otoño, los ásteres. Ella anotaba los nombres de los ásteres: azul niebla, violeta, rosa pálido, sin saber por qué, pues jamás ha podido plantarlos (y, sin embargo, volveremos a encontrarnos con los ásteres). Pero Vicennes, o el Bosque, eso está lejos. En el Bosque te encuentras con personas que te reconocen. Quedaban las habitaciones, en efecto. La misma muchas veces seguidas. U otras, según el azar. Hay extrañas dulzuras en la luz mortecina de los cuartos de alquiler en los hoteles de las estaciones; el lujo modesto de la gran cama que, al partir, abandonamos con las sábanas deshechas, tiene sus encantos. Llega un momento en que no se puede separar el ruido de las palabras y de los suspiros del ronroneo continuo de los motores y del chirrido de los neumáticos que sube desde la calle. Durante muchos años, estos momentos furtivos y tiernos, durante la tregua que sigue al amor —piernas mezcladas y abrazos deshechos—, habían sido arrullados por esas charlas, en las

que los libros ocupan el primer lugar. Los libros representaban su única libertad total, su patria común, sus verdaderos viajes; ellos habitaban los libros como otros el hogar familiar; tenían en los libros sus compatriotas y sus hermanos; los poetas habían escrito para ellos, las cartas de antiguos amantes les llegaban a través de la oscuridad de lenguajes arcaicos, de costumbres y de modas desaparecidas —y todo se leía en voz baja, dentro de la habitación ignorada, sórdido y milagroso torreón donde, a ciertas horas, las olas de fuera venían en vano a golpear. No disponían de una noche entera—. Era preciso, de pronto, a tal o cual hora —el reloj siempre en la muñeca— volver a salir. Era preciso volver cada uno a su calle, a su casa, a su cuarto, a su lecho de todos los días, volver junto a aquellos a quienes nos liga otra forma de inexpiable amor, a los que por el azar, la juventud o por nosotros mismos nos hemos entregado de una vez por todas, y a los que no se puede abandonar ni herir cuando se está en el corazón de sus vidas. Él, en su cuarto, no estaba solo. Ella estaba sola en el suyo. Una tarde, después de aquel «¿Tú crees?» de la primera página, y sin tener la menor idea de que encontraría un día en un catastro el apellido Réage y que se permitiría tomar prestado el nombre de pila de dos célebres desvergonzadas, Pauline Borghése y Pauline Roland, una tarde, aquella para quien hablo ahora, y con todo derecho, ya que si yo no tengo nada de ella, ella lo tiene todo de mí, y antes que nada la voz, una tarde, digo, esta joven, en lugar de coger un libro antes de dormirse, acostada con las piernas encogidas, como un perrillo, y sobre el lado izquierdo, con un lápiz negro en la mano derecha, comenzó a escribir la historia que había prometido.

La primavera estaba por irse. Los cerezos japoneses de los grandes parques parisienses, los árboles de Judea, las magnolias junto a las albercas, los saúcos al borde de los viejos terraplenes del ferrocarril suburbano, estaban sin flores. Los días no terminaban, y la luz de la mañana penetraba a horas insólitas a través incluso de las polvorientas cortinas negras de la defensa pasiva, últimos vestigios de la guerra. Pero, bajo la luz de la pequeña lámpara en la cabecera del lecho, la mano que tenía el lápiz corría sobre el papel sin preocuparse de la hora ni de la claridad. La muchacha escribía

como se habla en la oscuridad al que uno ama, cuando las palabras de amor han sido retenidas demasiado tiempo y se derraman por fin. Por primera vez en su vida escribía sin vacilaciones, sin tregua, tachaduras ni rechazos, escribía como se respira, como se sueña. El ronquido continuo de los coches se debilitaba, ya no se oía golpear las puertas. París se sumía en el silencio. Ella escribía aún a la hora de los basureros y al despuntar el alba. Fue la primera noche que pasó entera, como sin duda pasan las suyas los sonámbulos, separada de sí misma, o, ¿quién sabe?, entregada a sí misma. A la mañana siguiente numeró las páginas del cuaderno que contenían los dos comienzos que ustedes conocen, ya que si leen esto, es que se han tomado el trabajo de leer toda la historia, y hoy saben más de ella que lo que la muchacha sabía en aquel momento. Ahora sólo faltaba levantarse, lavarse, vestirse, peinarse, ceñirse el arnés, repetir la sonrisa de cada día, la muda sonrisa de costumbre. Mañana, no, pasado mañana, ella entregaría el cuaderno.

Se lo dio en cuanto él subió al coche en el que ella lo esperaba, a pocos metros de una encrucijada, en una pequeña calle cerca de una estación de metro y de un mercado. (No la busquen, hay muchas semejantes, y poco importa cuál sea). No se trataba de leer en seguida. Por otra parte, esa cita resultó ser de esas a las que uno acude para decir que no puede acudir, cuando se sabe demasiado tarde que es necesario renunciar al encuentro y ya es imposible prevenir al otro. Y ya fue una suerte que él pudiera escaparse. Si no hubiera sido así, ella habría esperado una hora, habría regresado al día siguiente, a la misma hora en el mismo sitio, según las viejas reglas de la clandestinidad. Él hablaba de escaparse porque los dos empleaban un lenguaje de prisioneros a los que su prisión no subleva, y quizá se daban cuenta de que, si la soportaran mal, ellos serían también mal soportados, sintiéndose entonces culpables por haber escapado de ella. La idea de que era necesario volver a entrar daba todo su valor al tiempo robado, que se establecía fuera del tiempo verdadero, en una especie de extraño y eterno presente. A medida que el tiempo pasaba sin traerles más libertad, debieran haberse sentido acosados por los años que se encogían delante de ellos. Pero no. Los obstáculos de cada día, de cada semana —

espantosos domingos sin cartas, sin teléfono, sin una palabra ni la posibilidad de una mirada, espantosas vacaciones de los mil demonios, sin que nunca faltase alguien que preguntara: «¿En qué piensas?»—, les bastaban para atormentarse, para temer siempre que el otro hubiera cambiado. No pedían ser felices, pero, una vez habiéndose *reconocido*, rogaban temblando que aquello durase, Dios mío, que durase… que uno de ellos no se convirtiera, de pronto, en un extraño para el otro, que subsistiera esa fraternidad inesperada, más rara que el deseo, más preciosa que el amor —o que quizá era el amor, a fin de cuentas—. Es cierto que todo era un riesgo: un encuentro, un vestido nuevo, un viaje, un poema desconocido. Pero nada les impediría correr esos riesgos. Sin embargo, ese día, el más grave era el cuaderno. ¿Y si los fantasmas que allí aparecían indignaban a su amante, o, peor, lo aburrían, o peor todavía, le parecían ridículos? No por lo que esos fantasmas eran, ciertamente, sino porque procedían de ella, pues raramente se perdona a quienes se ama las libertades que uno permite a todos los demás. A ella le parecía que obraba mal al tener miedo: «Continúa —decía él—. ¿Qué es lo que sucede después? ¿Lo sabes?». Ella lo sabía. Lo iba descubriendo cada vez. Durante todo el fin del verano, durante el transcurso del otoño, en la playa tórrida de una triste población con balneario y, de regreso, en un París rojo y quemado, ella escribió lo que sabía. Cada diez páginas, cada cinco páginas, capítulos o fragmentos de capítulos, metía en un sobre, con las señas de un apartado postal, sus hojas del mismo formato que el bloc original, escritas a veces con lápiz, a veces con un bolígrafo «Bic», o con una estilográfica de punta fina. No guardaba ni copias, ni borrador. Pero el correo es seguro. La historia todavía no estaba terminada, y el hombre seguía reclamando su lectura en voz alta, cada vez que volvían a encontrarse en un París otoñal; y ya fuera en el coche negro, a media tarde, en una calle muy transitada y triste del distrito trece, hacia la Butte-aux-Cailles, donde uno cree vivir aún en los últimos años del siglo pasado, o bien al borde del canal Saint-Martin, donde los puentes parecen chinos, la muchacha que leía se veía obligada a interrumpirse, una u otra vez, porque es posible imaginar, en silencio, el peor y el más ardiente de los detalles, imaginarlo y escribirlo, pero no es posible leer en voz alta lo que fue soñado en noches interminables.

Un día, sin embargo, el relato se detuvo. Delante de O no hubo nada más que esa muerte hacia la cual ella oscuramente corría con todas sus fuerzas, y que le es concedida en dos líneas. En cuanto a saber cómo el manuscrito de su historia llegó a las manos de Jean Paulhan, he prometido no decirlo, como no decir tampoco el verdadero nombre de Pauline Réage, confiando en la cortesía de quienes lo conocen para que ese nombre continúe sin ser divulgado el tiempo suficiente como para que me parezca imposible romper esta promesa. Por lo demás, nada es más falaz e inestable que una identidad. Si se puede creer, como lo creen centenares de millones de hombres, que vivimos muchas vidas, ¿por qué no creer también que en cada una de nuestras vidas somos el lugar de encuentro de muchas almas? ¿Quién soy yo, al fin, se pregunta Pauline Réage, sino la parte largo tiempo silenciosa de alguien, la parte nocturna y secreta, que nunca se traiciona públicamente por un acto, por un gesto, ni aun por una palabra, pero que comunica por los subterráneos de lo imaginario con sueños tan viejos como el mundo? De dónde me venían esas ensoñaciones repetidas y tan lentas, justo antes de dormir, siempre las mismas, donde el amor más puro y el más violento autorizaba siempre, o más aún, exigía siempre el más atroz abandono, donde infantiles imágenes de cadenas y de látigos agregaban a la sumisión los símbolos de la sumisión, yo de todo eso no sé nada. Solamente sé que me resultaban beneficiosas, que me protegían misteriosamente y que, a la inversa de las ensoñaciones razonables que giraban en torno a la vida diurna, intentaban organizarla, domesticarla. Jamás he sabido domesticar mi vida. Sin embargo, todo sucedía como si esas extrañas visiones ayudaran a ella, como si algún rescate hubiese sido pagado por los delirios y las delicias de lo imposible: los días que seguían a esas noches eran extrañamente apacibles, mientras que el sabio ordenamiento del porvenir y las previsiones del sentido común se veían, una y otra vez, desmentidos por los acontecimientos. Así he llegado a comprender muy pronto que no era necesario ocupar las horas vacías de la noche amueblando residencias ideales, inexistentes pero posibles, e incluso realizables, donde los parientes y los amigos se sentirían dichosos por estar juntos (¡oh, quimera!); pero que se podía, sin temor, dedicarse al arreglo de castillos clandestinos, a condición de poblarlos de

muchachas enamoradas, prostituidas por amor, y triunfantes en sus cadenas. Tampoco los castillos de Sade, descubiertos mucho después de que hubieran sido edificados los míos en el silencio, me han sorprendido jamás, y lo mismo puedo decir de sus Amigos del Crimen: yo tenía ya mi propia sociedad secreta, más pequeña e inofensiva. Pero Sade me ha hecho comprender que todos somos carceleros y que todos estamos presos, en el sentido de que siempre hay en nuestro interior alguien a quien nosotros mismos encadenamos, encerramos y hacemos callar. Por un curioso golpe de retroceso, sucede que la prisión misma se abre a la libertad. Los muros de una celda, la soledad, así como también la noche, la mayor de las soledades, la tibieza de las sábanas, el silencio, liberan a este desconocido a quien negamos la luz. Escapa de nosotros y se escapa sin fin, a través de los muros, a través de las edades y de las prohibiciones. Pasa de uno a otro, de una época a otra, de un país a otro, adopta un nombre u otro. Los que hablan por él no son sino traductores, a quienes, sin que se sepa por qué les ha sido permitido, por un instante, coger algunos hilos de esta red inmemorial de ensoñaciones proscritas. En resumidas cuentas, ahí van quince años, ¿por qué no yo?

Lo que apasionaba a aquel para quien yo escribía esta historia, añade ella, era la relación que acaso dicha historia tenía con mi propia vida. ¿Podría suceder que ella fuese la imagen deformada o inversa de la otra? ¿Que fuese su sombra irreconocible, por estar apretada como la de un caminante bajo el sol del mediodía, o también irreconocible por alargarse diabólicamente, como la que se proyecta delante de aquel que vuelve del mar atlántico, sobre la playa vacía, cuando el sol se acuesta entre llamas detrás de él? Entre lo que yo creía ser y lo que yo contaba y creía inventar veía una distancia tan radical y un tan profundo parentesco que no me reconocía a mí misma. Sin duda, yo sólo aceptaba mi vida con tanta paciencia (o pasividad, o debilidad) porque estaba segura de que volvería a encontrar, a mi antojo, esta otra vida oscura que nos consuela de la vida, que no se confiesa, ni se comparte. Y he aquí que, gracias a aquel a quien yo amaba, la he confesado, y, en adelante, la compartiría con quien quisiera, tan prostituida en el

anonimato de un libro como lo está en el libro esta muchacha sin rostro, sin edad, sin apellido, y hasta sin nombre. Jamás me ha hecho él preguntas sobre ella. Porque sabía que ella era una idea, una nube de humo, un dolor, la negación de un destino. Pero ¿y los otros? ¿René, Jacqueline, Sir Stephen, Anne-Marie? ¿Y los lugares, las calles, los jardines, las casas, París, Roissy? ¿Y las circunstancias? Ésas sí creía conocerlas. René, por ejemplo (nombre nostálgico), era el recuerdo, no, la huella de un amor adolescente, o mejor, de una esperanza de amor que nunca había tenido existencia, ya que René nunca había sospechado siquiera que yo pudiera amarlo. Pero Jacqueline sí lo había amado. Y antes que a él, a mí. Jacqueline, por lo tanto, había sido mi primera desdicha de amor. Quince años, tanto ella como yo, y a lo largo de todo el curso me estuvo persiguiendo quejándose de mi frialdad. No bien las vacaciones la hicieron desaparecer, yo empecé a despertar, a despegarme de aquella frialdad. Escribía. Julio, agosto, septiembre, tres meses durante los cuales aceché en vano la llegada del cartero. Pero al menos escribía. Aquellas cartas lo habían echado todo a perder. Los padres de Jacqueline le prohibieron volver a verme y por ella, inscrita en otro curso, comprendí que «aquello era un pecado». ¿Y qué quería decir pecado? ¿Qué era lo que se me reprochaba? El día ha dejado de ser puro… Había reinventado a Rosaline y Celia con toda inocencia… y la inocencia no perdura. Falta decir que Jacqueline, la verdadera Jacqueline, no figura en la historia más que por su nombre y sus cabellos claros. El personaje de la historia es, más bien, una joven actriz despreciativa y pálida, con la cual desayuné una mañana en la Rue de Esperon. El viejo que le proporcionaba sus joyas, sus vestidos, su coche, me eligió como testigo: «¿Es bella, verdad?». Sí, era muy bella. No la he vuelto a ver jamás. ¿Y acaso René es ese personaje en el que yo me habría podido convertir, en caso de haber nacido hombre? ¿Devoto a otro hombre, hasta el punto de entregárselo todo, sin encontrar anacrónica esa relación de vasallo a soberano? Me da miedo. Mientras que la Jacqueline imaginaria era, por excelencia, la extranjera. Sin embargo, me hizo falta mucho tiempo para darme cuenta de que en otra vida, una chica como ella —a la cual yo admiraba con desesperación— me había quitado a mi amante. Y por eso me vengué, enviándola a Roissy: yo, que pretendía dejar de lado

todo sentimiento de venganza, me vengué, y ni siquiera fui capaz de advertir el hecho. Inventar una historia es una trampa horrible, extraña. A Sir Stephen sí lo vi con mis propios ojos. El amante que yo tenía entonces, y del que acabo de hablar, me lo mostró, una tarde, en un bar cerca de los Campos Elíseos. Sentado a medias en un taburete contra el mostrador de caoba, silencioso, tranquilo, con ese aire de príncipe de ojos grises que fascina a los jovencitos y a las mujeres, mi amante me lo mostró y me dijo: «No comprendo cómo las mujeres no prefieren hombres como ése en vez de jóvenes de treinta años». Mi amante no tenía treinta años siquiera. Yo no le respondí: «Es que los prefieren». Me quedé mirando largo rato al desconocido, que no se fijaba siquiera en mí. Cincuenta años tal vez, inglés con toda seguridad. ¿Y qué más? Nada. Pero esa relación muda, unilateral, entre el desconocido y yo, fue puesta en claro al reaparecer diez años más tarde, en medio de la oscuridad horadada por el brillo de la lámpara situada a la cabecera de mi lecho, y la mano sobre el papel hizo renacer a aquel desconocido con una significación nueva más veloz incluso que la reflexión. De Anne-Marie no puedo decir nada seguro. Una amiga mía (a la que respeto, y no respeto con facilidad a la gente) podría muy bien ser Anne-Marie, si no fuera (mi amiga) la pureza y el honor personificados: Anne-Marie podría tener de mi amiga su resolución, su rigor, su desenvoltura y esa forma nítida y directa de ejercer su oficio. A decir verdad, los oficios en cuestión (el oficio de O, el de Anne-Marie, puta o alcahueta, si hay que hablar claro), son algo que desconozco. Un gran escritor que se mostró escandalizado al pensar que mi obra no era otra cosa que las memorias de una *Belle* —confesando también, a modo de excusa, que no la había leído— se engañó dos veces: no se trata de unas memorias y, además, no soy una *Belle*, por más cortés que pueda ser la expresión. Digamos, para dejarlo contento, que se trata más bien de una vocación frustrada. Después de hacer la lista de los personajes que aparecen, como en el teatro, ¿tiene interés precisar los lugares de la acción? Pertenecen a todo el mundo. La Rue de Poitiers y un reservado en La Pérouse, la habitación de un *meublé* cerca de la Bastilla, con un espejo en el techo, las calles del barrio de Saint-Germain, los muelles llenos de sol de la isla de Saint-Louis, los pedregales secos y blancos de la Provenza y también la presencia de Roissy-en-France, que se

percibe en el curso de una breve caminata de primavera, apenas algo más que un nombre sobre un mapa; sin duda no hay nada inventado, ni siquiera los ásteres, de los que ya dije que volveríamos a encontrarlos. Tampoco son inventadas —robadas, más bien: tardíamente pido perdón, aunque fue un robo producto de la admiración— las máscaras de Léonor Fini. Al parecer, también robé el salón de una dama, para hacer del mismo un uso abominable: convertirlo, nada menos, que en el salón de Sir Stephen, ¡imagínense! Esa dama me lo dijo a mí misma, sin saber con quién estaba hablando (nunca se sabe con *quién* se habla). Lo cierto es que nunca he entrado en la casa de esa dama, que nunca he visto su salón. No he visto jamás (y ni siquiera sabía que existía) la casa escondida en una oquedad donde, después de muchos años, una chica a la que el azar me hizo volver a ver ofrecía al hombre al que amaba —y que la vigilaba mediante un falso espejo adosado a la pared, utilizando también un micrófono— los espectáculos que Sir Stephen exigía de O: abandonarse a desconocidos, que él se encargaba de reclutar y que él le imponía. No, yo no he copiado la historia de esa chica, ni me he inspirado en ella para contar mi historia. Pero una vez que se deslinda la zona fantástica de aquélla mediante la cual se recuperan las obsesiones (siendo la repetición infinita de placeres y sevicias tan necesaria como absurda e irrealizable) todo se ensambla fielmente, lo vivido y lo soñado, todo se descubre comúnmente compartido en el universo de una misma locura: y si nos atrevemos a mirarlo a la cara, horrores, maravillas, sueños y mentiras, todo es conjura y liberación.

PAULINE RÉAGE



Retorno a Roissy

Las páginas que siguen son una continuación de La Historia de O. En ellas se propone deliberadamente la degradación y, por tanto, nunca podrían haberse integrado a la novela.

P. R.

Ahora, todo parecía regularizado: septiembre se aproximaba. A mediados de septiembre, O debía regresar a Roissy, llevando a Natalie, y a René, recién llegado de un viaje al norte de África, y conducir allí a Jacqueline —al menos eso era lo que él dejaba entender—. El tiempo que permanecerían Natalie y O recluidas era algo que, sin duda, dependía, para O, de la decisión que tomara Sir Stephen y, para Natalie, de los amos o del amo que le fueran asignados en Roissy. Pero en esa calma de los proyectos ya previstos y seguros, O se sentía inquieta, como si presintiera un peligro, algo así como una provocación del destino: esa misma certidumbre por la cual todos los que se hallaban a su alrededor actuarían como estaba decidido. La alegría de Natalie era pareja a su impaciencia, y había en esa alegría algo de la ingenuidad y de la confianza de los niños cuando esperan que se cumplan las promesas de las personas mayores. No se trataba del poder que O reconocía que Sir Stephen tenía sobre ella lo que había eliminado en Natalie el más mínimo vestigio de duda, la sumisión en la que O se encontraba era tan absoluta y tan permanentemente inmediata que Natalie no podía siquiera imaginar —tanta era la admiración que sentía por O— que nadie pudiera poner ningún obstáculo a Sir Stephen, puesto que O se arrodillaba ante él. Por muy dichosa que se sintiera, y

precisamente porque se sentía dichosa, O no se atrevía a creer —y tampoco osaba atemperar— la impaciencia y la alegría de Natalie. De tiempo en tiempo, sin embargo, cuando Natalie se ponía a canturrear en voz baja, O la obligaba a callarse, para conjurar la suerte. Estaba en guardia para no poner nunca el pie sobre las líneas de juntura de las losas de la calle, para no tirar la sal, para no cruzar nunca los cuchillos y para no poner jamás el pan al revés. Y lo que Natalie no sabía, lo que ella no se atrevía a decirle era que si le gustaba tanto que la azotaran se debía, aparte el placer que sentía, hasta cierto grado, al hecho de que la felicidad la embargaba al sentirse abandonada más allá de su propia voluntad, y una vez superado el límite del placer O pagaba su dicha, en cierto modo, mediante el dolor y la humillación —humillación, porque no podía dejar de suplicar, no podía dejar de gritar al mismo tiempo que gozaba, quizá garantizando, de esa forma supersticiosa, la continuidad del placer. ¡Ah, poder quedarse inmóvil para que el tiempo también se inmovilice! O detestaba el alba y el crepúsculo, cuando todo cambia, abandonando sus formas primitivas para adoptar otras formas, de manera tan traidora y tan triste. El hecho de que René la hubiera entregado a Sir Stephen, además de las facilidades que ella misma había otorgado a la transacción, porque también ella quería cambiar, ¿no hacían asimismo probable que Sir Stephen pudiera también cambiar a su vez? De pie y desnuda frente a su cómoda ventruda, con bronces labrados en falso estilo chino, dibujando personajes de sombreros picudos semejantes a los sombreros de playa que usaba Natalie, O se dio cuenta un día de que había algo nuevo en la conducta de Sir Stephen para con ella. En primer lugar, ahora exigía que, en su habitación, O fuera siempre desnuda. Ya no se le permitía usar siquiera unas sandalias, ni llevar puestos collares, ni lucir joya ninguna. Pero eso no era nada. Si Sir Stephen, lejos de Roissy, deseaba ordenar unos reglamentos que le recordaban Roissy, ¿acaso O debía asombrarse? Había cosas más graves. Por supuesto, O se acordaba muy bien, la noche del baile, cuando Sir Stephen debía entregarla a su huésped. Indudablemente, él mismo la había poseído, muchas veces, en presencia de René, por ejemplo, o de Anne-Marie, y también, después de algún tiempo, en presencia de Natalie. Pero nunca, hasta esa noche, había hecho Sir Stephen que otro hombre la poseyera en

su presencia, nunca la había compartido con aquel al que se la entregaba. Por otra parte, O nunca había sido entregada sin recibir inmediatamente un castigo, como si el objeto mismo que Sir Stephen buscara prostituyéndola sólo fuera un pretexto para poder castigarla. Pero, al día siguiente del baile, no. ¿Acaso le parecería castigo suficiente, a Sir Stephen, la vergüenza en la que O se había abismado al pertenecer, ante sus ojos, a otro que no era él? Eso era algo que O había aceptado sin problemas, cuando se trataba de René y no de Sir Stephen. Todo lo que O aceptaba sin problemas cuando Sir Stephen no estaba con ella, le parecía abominable estando él presente. Pasaron otros dos días sin que Sir Stephen se acercara a ella. O quería volver a enviar a Natalie a su habitación, pero Sir Stephen se lo prohibió. O esperó pues a que Natalie se durmiera para poder llorar sin ser vista y en silencio. Al cuarto día, Sir Stephen entró a la habitación de O, a media tarde, según era su costumbre, cogió a O y se hizo acariciar por ella. Cuando por fin se puso a gemir, gritando el nombre de ella en el orgasmo, O se sintió salvada. Pero cuando ella, echada a lo largo junto a él, con los ojos cerrados, dorada y muerta sobre la alfombra, le preguntó si la amaba, Sir Stephen no respondió: «Te amo, O», sino, simplemente: «Por supuesto», y se rió. ¿Podría O sentirse segura? «Estarás en Roissy el 15 de septiembre», había dicho él. «¿Sin ti?», preguntó O. «Yo iré después», respondió Sir Stephen. Eran los últimos días de agosto; los higos, los racimos violetas en los canastos atraían a las avispas, el sol ya no era tan blanco y, por la tarde, las sombras eran más largas. O se encontraba sola en la gran casa seca, con Natalie y Sir Stephen. René se había llevado consigo a Jacqueline.

¿Era necesario que O contara uno a uno los días que la separaban del quince de septiembre, como hacía Natalie: todavía catorce días, todavía doce, o convenía sentir temor al aproximarse el vencimiento del plazo? Los días así contados fluían en el silencio. Natalie y O encerradas como por anticipado en un gineceo del cual no deseaban salir, donde el único ruido —de tal forma ahogaban las paredes las risas y las palabras, y las alfombras el sonido deslizante de los pasos— eran los gritos de O al ser golpeada. Un domingo por la noche, con el cielo negro y tormentoso, Sir Stephen le ordenó a O

que se vistiera y bajara. O había escuchado el ruido de una portezuela de coche al cerrarse y, a través de la ventana del cuarto de baño, que daba al patio, había escuchado ruido de voces. Después nada más. Natalie había subido corriendo a decirle que acababa de ver a los visitantes: eran tres, y uno de ellos malayo sin duda, con la tez oscura, los ojos muy negros, alto, delgado, y bello. No hablaban en francés ni en inglés, Natalie pensaba que era alemán. Fuera alemán o no, O no comprendía una palabra de lo que decían y, además, ¿cómo comprender la indiferencia de Sir Stephen? No se trataba de que aparentara no mirarla, sino al contrario; reía y, sin duda, gozaba con sus huéspedes al tiempo que éstos se aprovechaban de ella, pero tan a sus anchas, con un desapego tan notorio, que O dudó si no hubiera preferido el rencor o el desprecio a ese olvido tan repentino en que se encontraba y del que Sir Stephen hacía ostentación. En los ojos del malayo, que no la había tocado, O leyó desprecio y una especie de extraña piedad que le fue mucho más intolerable, mientras se abandonaba en las manos de los otros dos hombres, deshecha y jadeante, con la falda manchada. Indudablemente, O había complacido a los hombres, puesto que regresaron solos, al día siguiente, alrededor de las once. En esta ocasión, Sir Stephen los hizo subir directamente a la habitación de O, donde ésta se encontraba desnuda. Cuando los hombres se marcharon, O se puso a sollozar. «¿Por qué, O?», le preguntó Sir Stephen, aunque sabía perfectamente la razón, así como el modo de que desapareciera la desesperación que sentía O por haber sido vista en su propia habitación y, ante él tratada como no lo sería una chica de burdel, y sobre todo, como si él mismo la tomara como tal. Él le dijo que ella no tenía derecho a elegir dónde, cómo ni a quién debía servir, no más que a juzgar sus sentimientos. Acto seguido, la hizo flagelar, con tanta crueldad que, por un instante, O se sintió consolada. Ello no impidió que, pasadas las lágrimas y el agudo dolor, volvieran los sentimientos que previamente la habían espantado: ¿acaso podía haber otro motivo que no fuera la consecución de su propio placer —¿sentiría placer todavía?— para que la obligara a prostituirse? ¿Acaso le servía ella como moneda de intercambio? Y en ese caso, ¿para intercambiar qué? Tal vez al ofrecer su cuerpo Sir Stephen pagara, comprara algo, pero ¿qué? Una imagen atroz y grotesca le atravesó el espíritu:

la caballería de San Jorge. Sí, tal vez, sin saberlo, O fuera la representación más baja de esa imagen, arrodillada y apoyada sobre los codos, cabalgada por desconocidos. Y si Sir Stephen la hacía golpear, lo más probable es que no se debiera a otra cosa que para domarla mejor. Y bien, ¿de qué se asombraba ella ahora?, ¿de qué se quejaba? Todavía atada a la balaustrada, junto a su cama, donde al parecer Sir Stephen había decidido dejarla y donde efectivamente la dejó durante casi tres horas, O escuchaba en el recuerdo su voz, su propia voz que tanto la había turbado, cuando él le había dicho tan lentamente, la primera noche en que se apoderó de ella, abofeteándola, destrozándole a golpes los riñones, lo que deseaba obtener de ella, lo que obtendría, por pura sumisión y obediencia, es decir: todo aquello que ella se imaginaba que no otorgaría más que por amor. ¿De quién podía ser la culpa, sino de ella misma, teniendo en cuenta que a él le bastaba hacerla azotar para que ella se le entregara plenamente? Si de alguien debía sentir horror ¿no era de sí misma? Y si él usaba de ella para otras finalidades que no fueran su exclusivo placer, ¿de qué se le podía culpar? «Oh, sí, siento horror de mí misma —se decía O—. ¿Tendré el valor de lamentarme de haber sido engañada, de no haber sido advertida cien veces, mil veces? ¿Acaso ignoro para qué estoy hecha?». Pero no sabía si sentía horror de sí misma por ser una esclava… o por no serlo lo bastante. No era ni lo uno ni lo otro; se horrorizaba de ya no ser amada. ¿Qué había hecho, qué había dejado de hacer para que ya no la quisiera? Qué loca estás, O, como si tuviera algo que ver con los méritos, como si pudieras hacer algo. Los hierros que le oprimían el vientre, la marca que le cruzaba los riñones, eso era ella; se había mostrado altanera porque esas marcas proclamaban que aquel que se las había impuesto la amaba lo bastante como para apropiarse de ella. ¿Acaso valía de algo sentir vergüenza ahora, cuando si él ya no la amaba aquellas marcas indicarían para siempre que ella le pertenecía? Ya que después de todo, él seguía deseando que ella le perteneciera.

Llegó el 15 de septiembre; O, Natalie y Sir Stephen seguían allí. Pero ahora le tocaba a Natalie el turno de las lágrimas: su madre la reclamaba, y debería regresar al pensionado a fin de mes. En caso

de que tuviera que marchar a Roissy, O iría sola. Sir Stephen encontró a O sentada en su butaca, con la jovencita llorando sobre sus rodillas. O le entregó a Sir Stephen la carta que había recibido: Natalie debía marcharse en el espacio de dos días. «Usted me lo prometió —dijo la chiquilla—, usted lo prometió…». «No es posible, pequeña mía», dijo Sir Stephen. «Si usted lo quisiera, sería posible», replicó Natalie. Sir Stephen no contestó. O acariciaba los cabellos finos como seda; que rozaban sus rodillas desnudas. Efectivamente, si Sir Stephen lo hubiera querido de veras, sin duda O habría podido obtener de la madre de Natalie que le permitiera conservar con ella a la niña durante quince días más, con el pretexto de llevarla al campo en las cercanías de París. Habría bastado con una partida, una visita. Y, en quince días, Natalie… Era indudable, pues, que Sir Stephen había cambiado de opinión. Estaba de pie frente a la ventana, de cara al jardín. O se inclinó sobre la pequeña, le cogió la cabeza, acarició los ojos desbordantes de lágrimas. Lanzó una breve miraba: Sir Stephen no se inmutaba. O cogió la boca de Natalie. Fueron los gemidos de Natalie los que hicieron volverse a Sir Stephen, pero no por eso O la soltó sino que, al contrario, la echó sobre la alfombra y se deslizó junto a ella. En dos pasos, Sir Stephen se colocó al lado de ambas. O escuchó cómo encendía una cerilla, y sintió el olor de su cigarrillo: fumaba negro, como un francés. Natalie tenía los ojos cerrados.

—Desnúdala, O, y acaríciala —dijo él de repente—. Luego me la entregarás. Pero, antes, ábrela tú un poco. No quiero hacerle demasiado daño.

¿Era eso todo?, ¡ah, si sólo hiciera falta entregarle a Natalie! ¿Estaba enamorado de ella? Más bien parecía como si deseara, en el momento mismo en que ella hubiera desaparecido, poner fin a algo, destruir una quimera. Rolliza y dulce, Natalie era sin embargo grácil y más pequeña que O. Sir Stephen parecía al menos dos veces más grande que ella. Sin un solo movimiento, se dejó desnudar por O, y extender sobre el lecho, del que O había quitado la colcha. Sin un solo movimiento se dejó acariciar, gimiendo cuando O la desfloraba, apretando los dientes cuando la mano intrusa la hería. Pronto la mano de O se cubrió de sangre. Pero Natalie no empezó a gritar hasta sentir en ella el peso de Sir Stephen. Era la primera vez que O veía a Sir Stephen gozando a alguien que no fuera ella, y la

primera además que veía su rostro en el momento del placer. ¡Cómo se ocultaba! Sí, aplastaba contra su vientre la cabeza de Natalie, apretando sus cabellos entre las manos, al igual que hacía con los cabellos de O; O se convenció de que Sir Stephen obraba así sólo para sentir mejor la caricia de la boca que lo absorbía, justo en el momento de correrse en ella, pero que no le importaba de qué boca se tratara, siempre y cuando fuera lo bastante dócil y ardiente como para satisfacerlo. Natalie no contaba para nada.

Y O, ¿estaba segura de contar para algo? «Le amo —repetía en voz muy baja—, le amo», sin atreverse a tutearlo ni siquiera con el pensamiento. En su rostro desencajado, los ojos grises de Sir Stephen resplandecían entre los párpados casi cerrados como dos tilos de luz. Los dientes también brillaban entre los labios entreabiertos. Por un instante, pareció desarmado, hasta sentir que O lo observaba: entonces abandonó el río por el que se deslizaba, ese río por el que O tan a menudo había creído deslizarse con él, echada junto a él en la barca que transporta a los amantes. Pero, sin duda, eso no era cierto. Indudablemente habían estado solos, cada uno por su lado, y tal vez no era casualidad que cuando él se abismaba en ella su rostro permaneciera escondido. Lo más probable es que quisiera estar solo y lo de hoy fuera un azar. O vio en ello una señal funesta; la señal de que ella se había convertido en algo lo bastante indiferente para Sir Stephen como para que ya no se tomara siquiera la molestia de esconderse. De todos modos, fuera cual fuera la interpretación que se hiciera, era imposible no ver en aquello una garantía, una libertad que hubiera debido, si O no hubiera dudado de ser amada, llevarla a sentirse ligera, orgullosa, dulce, feliz. Ella se lo dijo. Cuando Sir Stephen se marchó, dejándole entre los brazos a la pequeña Natalie, acurrucada contra ella, ardiente y murmurante de orgullo, O la vio dormirse, y extendió sobre las dos la sábana y la liviana colcha. No, él no estaba enamorado de Natalie. Pero, sin duda, estaba en otra parte, ausente de sí mismo y, quizá, ausente también de ella. O nunca se había inquietado por el medio de vida de Sir Stephen, René nunca le había hablado al respecto. Era evidente que era un hombre rico, a la manera misteriosa en que lo son los aristócratas ingleses, cuando lo son, todavía. ¿De dónde provenían sus ingresos? René trabajaba para una sociedad de importación y exportación; René decía:

«Tendré que viajar a Argel a comprar yute, a Londres a adquirir lana, a ver porcelanas, necesito trasladarme a España a buscar cobre»; René tenía una oficina, tenía socios, empleados. No estaba muy claro cuál era la importancia exacta de su situación pero, después de todo, esa situación existía, y las obligaciones que le comportaba eran innegables. Sir Stephen podría tener una situación semejante, que fuera, quizá, la que motivara su estancia en París y sus viajes y, soñaba O no sin espanto, su afición por Roissy (una afición que, en el caso de René, parecía simplemente consecuencia de la casualidad: «Un amigo con el que me encontré y que me llevó», decía René, y O le creía). ¿Qué sabía ella de Sir Stephen? Sabía que pertenecía al clan de los Campbell, cuyo sombrío estandarte, negro, azul-negro y verde es el más hermoso de Escocia y el de peor fama (los Campbell traicionaron a los Estuardo en la época del joven Pretendiente); que poseía, en las Tierras Altas del Noroeste, frente al mar de Irlanda, un castillo de granito, pequeño y compacto, construido a la francesa por un antepasado del siglo XVIII, exactamente igual a un *malouinière* [1]. ¿Pero qué *malouniére* tuvo jamás por marco unos prados como aquéllos, siempre húmedos, unas enredaderas tan suntuosas por marco?

—Te llevaré el año que viene, con Anne-Marie —había dicho Sir Stephen, mientras un día mostraba a O unas fotos.

Pero, ¿quién habitaba aquel castillo? ¿Qué familia tenía sir Stephen? O sospechaba que había sido, y tal vez seguía siendo, un funcionario de alto rango. Algunos de sus compatriotas, más jóvenes que él, le decían *Sir*, brevemente, como subordinados que se dirigieran a un superior. O sabía perfectamente que existe todavía, en las islas británicas, un prejuicio, o una costumbre, muy singular: todo hombre debe comprometerse a no hablar nunca a su mujer ni de negocios, ni del trabajo ni de dinero. ¿Por respeto, por desprecio? Se ignora. Pero es imposible hacer de ello un agravio. Y O tampoco lo deseaba. Hubiera querido únicamente estar segura de que el silencio de Sir Stephen respecto a ella no tenía otro motivo. Y, al mismo tiempo, anhelaba que rompiera ese silencio para poder asegurarle que, si tenía cualquier preocupación, estaba dispuesta a servirlo en lo que fuera, si era capaz.

Al día siguiente de la partida de Natalie, a quien le habían reservado una plaza en el coche del Tren Azul, y dos días antes de la partida de O y de Sir Stephen, que viajarían en el mismo tren, ya que Sir Stephen había insistido en que ésa fuera exactamente la fecha, y no la fecha en que debía viajar Natalie, del mismo modo en que había insistido en regresar por tren y no en coche, O terminó por decirle, mientras acababan el desayuno, que habían tomado los dos juntos, y después de que la vieja Norah llevara el café, O, enardecida porque cuando se había levantado y había pasado por su lado, él, maquinalmente quizá, como se hace con un gato o un perro, le había acariciado las nalgas, O terminó por decirle, en voz muy baja, que aunque temía molestarlo, deseaba asegurarle que lo serviría en lo que él quisiera. Él la miró primero con ternura, la hizo ponerse de rodillas, y le acarició los senos, pero después, cuando ella se alzó y quedó de pie ante él, su mirada cambió.

—Lo sé —dijo—. Los dos hombres del otro día.

—¿Los alemanes? —le interrumpió O.

—No son alemanes —dijo Sir Stephen—, pero no importa. Simplemente quería advertirte que uno de ellos viajará en el mismo tren que nosotros. Cenaremos juntos en el coche-restaurante. Arréglate de forma que sienta deseo por ti y haz que se reúna contigo en tu cabina.

—Bien —dijo O, sin preguntar el motivo, aunque estaba segura de que en esta ocasión sí existía una razón.

Se sentía desesperada por no poder darse cuenta cabalmente si en todas las anteriores ocasiones Sir Stephen la había prostituido sin motivo y, por así decirlo, gratuitamente, o si todo había sido un plan deliberado para acostumbrarla hasta hacer de ella un instrumento —un instrumento ciego— de algo muy distinto a su exclusivo placer.

Aquí se inserta una escena breve, vista como una secuencia de película: en medio de la noche, el pasillo de un coche de primera clase del Tren Azul. Un hombre alto, pesado y rubicundo, al que se ve sólo de espaldas, avanza por el corredor y golpea con el puño en la cabina número 11. Se entreabre la puerta, aparece un rostro muy dulce, y en la abertura de la puerta corrediza se distingue un cuerpo desnudo cubierto apenas por un peinador. Es entonces cuando la joven dice:

—¿Es usted, corazón mío?

Y de inmediato, al comprender su error:

—Oh, perdón.

Pero el hombre extiende una mano abierta con una medalla en la palma: resaltando en acero sobre un fondo de oro, el triskel de Roissy. O lo mira sin pronunciar palabra y abre del todo la puerta. En el balanceo del tren, los silbidos del vapor y el tacatá-tacatá de los vagones, O y Carl, de pie los dos a la luz de la lamparilla, se miran a la cara. Carl, en voz baja dice:

—Eso era muy gentil, repítelo.

—No estoy obligada —responde O.

—¿Eso crees?

O mueve negativamente la cabeza, con la mirada baja.

—Enciende la luz —dice Carl, y O extiende la mano para accionar la lámpara diminuta colocada al lado del lecho.

La cortina sobre la ventanilla del compartimento no ha sido bajada. Bajo un cielo de luna llena se percibe una campiña negra y blanca en la que el viento hace inclinar los álamos a lo largo de una ribera y la luna que corre entre las nubes. Carl lleva puesta una gruesa y larga bata oscura y unas zapatillas de cuero lustrado. Se afloja el cinto y se nota que O hace un esfuerzo para no mirar. Él también se percata de eso y, en la estrechez de la cabina, hace caer el peinador de O, la obliga a girar de izquierda a derecha, de frente, de perfil, de espaldas, antes de lanzarla sobre el lecho. Puede vérsela con los senos erguidos, la cabeza vuelta a un lado, las piernas abiertas, una sobre la litera y la otra con el pie apoyado en el suelo, y distinguir el pubis saliente, absolutamente liso, y el anillo que atraviesa uno de los labios, al igual que los anillos de oro que antaño atravesaban el lóbulo de una oreja. Carl se inclina, su mano izquierda se acerca a las caderas de O, su mano derecha, que no se ve, abre un poco más la bata. ¿Es necesario seguir adelante?

El Tren Azul llegaba a París hacia las nueve. A las ocho O, a quien una especie de indiferencia incomprensible para ella formaba como una coraza en torno al corazón, había seguido, con paso firme sobre los altos tacones, los pasillos que separaban su cabina del vagón-restaurante, donde había desayunado un café amargo acompañado

por huevos con *bacon*. Sir Stephen estaba sentado frente a ella. Los huevos estaban sosos; el olor de los cigarrillos y el movimiento del tren produjeron en O una ligera náusea. Pero cuando el seudo alemán vino a sentarse junto a Sir Stephen, ni la mirada que lanzó a los labios de O, ni el recuerdo de la docilidad con que lo había acariciado durante la noche la trastornaron. O no sabía qué era lo que la protegía, lo que le permitía mirar libremente los bosques y los prados que se deslizaban junto a ella, acechar el nombre de las estaciones. Los árboles y la bruma ocultaban las casas alejadas de las vías; grandes armazones de hierro incrustados en cimientos jalonaban la campiña; apenas se distinguían los hilos eléctricos que iban de una a otra, cada trescientos metros, hasta el horizonte. En Villeneuve-Saint-George, Sir Stephen le propuso a O volver a sus cabinas. Su vecino, poniéndose de pie de un salto, se cuadró y se dobló en dos para saludar a O. Un brusco viraje del tren lo hizo tambalear y caer sentado y O estalló de risa. ¿Se sintió sorprendida cuando Sir Stephen —apenas O hubo entrado en su cabina, sin darle tiempo a nada— la dobló sobre las maletas que se apilaban en la banqueta levantándole la falda plisada? Se sintió maravillada y agradecida. Cualquiera que la hubiera visto así, de rodillas sobre la banqueta, el busto aplastado contra las maletas, completamente vestida, mostrando sus nalgas desnudas marcadas como cuero de maleta entre la chaqueta de su traje, las medias y las ligas que las sujetaban, la habría encontrado inevitablemente ridícula, y ella lo sabía. Nunca olvidaba, cuando la derribaban de ese modo, lo que hay de turbador, pero también de humillante y cómico, en una mujer con las faldas levantadas: algo más humillante todavía a causa de esa expresión que aparecía en el rostro de Sir Stephen, como antaño en el de René, cada vez que ponía a O a disposición de algún otro hombre. Le resultaba dulce esa humillación que le infligían las palabras de Sir Stephen, cada vez que las pronunciaba. Pero ese dulzor no era nada comparado con la dicha, mezclada de orgullo, casi se podría decir que de gloria, que la colmaba cuando Sir Stephen la poseía, cuando se dignaba encontrar bastante de su gusto y de su agrado el cuerpo de ella como para meterse en él y habitarlo por un instante; O sentía que eso era algo que no podía pagarse con ningún sacrificio, con ninguna humillación. Todo el tiempo que la mantuvo traspasada, balanceándose contra él a causa

del movimiento del tren, O no dejó de gemir. Con el último sobresalto y el postrer estrépito de los coches entrechocando al frenar el tren en la estación de Lyon, él se desprendió de ella y le dijo que se arreglara.

A la salida, en el terraplén de donde parten las grandes escaleras y donde se alinean los coches particulares, un muchacho con uniforme de suboficial de aviación se desapoyó de un vehículo negro, cerrado, no bien divisó a Sir Stephen. Saludó, abrió la portezuela, desapareció. Cuando O se hubo sentado en el asiento trasero, colocados ya sus bultos en el delantero, Sir Stephen se inclinó lo justo para besarle una mano y sonreírle una vez más y en seguida cerró la puerta. No le había dicho nada, ni hasta pronto, ni nos veremos, ni adiós. O había creído que Sir Stephen subiría al coche con ella. El coche partió tan de prisa que no tuvo la suficiente presencia de ánimo como para llamarle y cuando se aplastó contra el cristal para hacerle una seña ya era muy tarde: Sir Stephen hablaba con su mozo de equipajes, vuelto de espaldas. De golpe, como si arrancaran la venda de una llaga, la indiferencia que había protegido a O durante todo el viaje se desprendió de ella y una sola frase empezó en su cabeza a dar vueltas, vueltas, vueltas: No se ha despedido de mí, no me ha mirado siquiera. El coche enfilaba hacia el oeste, salía de París, O no veía nada. Lloraba. Todavía tenía el rostro bañado en lágrimas cuando el coche, una media hora después, penetrando en un bosque a un lado de la carretera, se detuvo en un camino forestal sombreado por grandes hayas. Llovía, los vidrios subidos se habían empañado, el chófer echó hacia atrás el respaldo abatible de su asiento, saltó, extendió a O sobre la parte trasera. El coche era tan bajo que los pies de O chocaron contra el techo cuando el muchacho le separó las piernas para penetrarla. El muchacho estuvo usándola más de una hora, sin que O pensara en rechazarlo ni por un instante, segura de que él tenía todo el derecho, y el único alivio que sintió, en la angustia en que la había sumido la brutal separación de Sir Stephen, fue el absoluto silencio con que el muchacho, poseyéndola una y otra vez, y dejando escapar apenas un gemido agudo en el instante de placer, llegó hasta el límite de sus fuerzas. Tendría unos veinticinco años, el

rostro enjuto, duro y sensible y los ojos negros. Dos veces había enjugado con un dedo la mejilla húmeda de O, pero en ningún momento había acercado su boca a la de ella. Estaba claro que no se atrevía, aunque sí le hundía profundamente un miembro tan grueso y de tales dimensiones que cada vez que con ese ariete golpeaba el fondo de su paladar, O sentía que las lágrimas afloraban a su rostro. Cuando por fin el muchacho acabó, O se puso bien la falda, se volvió a cerrar el jersey y la chaqueta, que había desbotonado para que el muchacho le pudiera coger los senos: tuvo tiempo de pasarse un peine por el cabello revuelto, de volver a empolvarse, de pintarse los labios, mientras el muchacho desaparecía en la espesura. La lluvia había cesado y los troncos de las hayas brillaban en el día gris. A la izquierda del coche, adornando un talud, los digitales rojos se hallaban tan cerca que O podría haberlos cogido con sólo pasar el brazo a través del vidrio bajado. El muchacho regresó, cerró la portezuela que había dejado abierta, puso de nuevo el coche en marcha y, volviendo a la carretera, en menos de un cuarto de hora llegaron y atravesaron un pueblo que O no reconoció pero, cuando el vehículo empezó a aminorar después de haber dejado atrás el muro interminable de un gran parque, deteniéndose finalmente frente a una casa cubierta de enredaderas, O comprendió: no podía ser más que la entrada trasera de Roissy. O descendió; el chico uniformado bajó las maletas. La puerta de madera, pintada de color verde oscuro y barnizada se abrió sin que ella hubiera llamado ni hecho sonar el timbre: la habían visto desde el interior. Franqueó la entrada; el vestíbulo embaldosado, envuelto en percal satinado rojo y blanco, estaba vacío. Justo delante de ella, había un espejo del tamaño de la pared, que la reflejaba entera, delgada y erguida en su traje gris, el abrigo en el brazo, las maletas a sus pies, la puerta que se cerraba tras ella y esa ramita de brezo en la mano, una ramita que había aceptado maquinalmente cuando el muchacho se la ofreció, infantil y ridículo *keep-sake* que O no se atrevía a arrojar sobre las baldosas enceradas y que, sin saber por qué, la molestaba. Aunque sí, lo sabía: ¿quién le había dicho que el brezo que crece en los bosques cercanos a París trae mala suerte? Sin duda más le habría valido coger los digitales que su abuela le prohibía tocar, cuando era niña, por ser venenosos. O depositó la ramita de brezo sobre el alféizar de la ventana que

iluminaba el vestíbulo. En el mismo momento, Anne-Marie, seguida de un hombre vestido con un mono de jardinero entró. El jardinero cogió las maletas de O.

—Por fin has llegado —dijo Anne-Marie—. Hace casi dos horas que Sir Stephen me telefoneó, el coche debía traerte directamente. ¿Qué ha sucedido?

—Ha sido el chófer —dijo O—. Yo creía que…

—Ah, claro —dijo Anne-Marie, riéndose—. Te violó y tú te dejaste. No, no estaba previsto, no tenía derecho en absoluto. Pero no importa, estás aquí para eso —y agregó—: Has empezado bien. Se lo voy a contar a Sir Stephen. Le divertirá.

—¿Va a venir? —preguntó O.

—No ha dicho cuándo —respondió Anne-Marie—. Pero creo que sí.

La angustia que atenazaba la garganta de O desapareció; ésta miró agradecida a Anne-Marie; qué hermosa y atractiva era, con sus cabellos con toques grises. Llevaba una chaqueta de tela escarlata sobre unos pantalones y una blusa negros. Evidentemente, las reglas con las que se sometía a las mujeres de Roissy no habían sido hechas para ella.

—Hoy almorzarás conmigo —dijo, dirigiéndose a O—, y luego te arreglarás. Te conduciré al salón pequeño cuando el gong marque las tres.

O siguió a Anne-Marie sin pronunciar palabra, como si flotara en el aire; Sir Stephen iba a venir.

El apartamento de Anne-Marie ocupaba una parte del ala destinada a los aposentos de la servidumbre, que prolongaban en dirección de la carretera las edificaciones del castillo propiamente dicho. Tenía un salón al que se abrían una especie de pequeño gabinete íntimo, un dormitorio y un cuarto de baño; la puerta por la que O había entrado otorgaba a Anne-Marie absoluta libertad en sus idas y venidas. Al igual que en su casa de Sannois sobre el jardín, aquí el salón y el dormitorio de Anne-Marie daban directamente al parque. Era un parque fresco y amplio, con grandes árboles que el otoño inminente aún no había tocado, mientras que la enredadera que cubría los muros comenzaba a enrojecer. O, de pie en medio del salón, miraba los revestimientos blancos, los claros muebles de nogal estilo Directorio rústico, y el gran sofá de la alcoba, cubierto,

al igual que los sillones, por una tela a rayas amarillas y azules. El suelo estaba cubierto por una moqueta azul. En las puertas-vidriera había grandes cortinas de tafetán azul.

—¿En qué sueñas, O? —le dijo de repente Anne-Marie—. ¿Qué esperas para desnudarte? Vendrán en seguida a recoger tus cosas y a darte lo que te haga falta. Cuando estés desnuda, vuelve.

Bolso, guantes, chaqueta, jersey, faldas, las bragas, las medias, O lo puso todo en su silla, cerca de la puerta, colocando las sandalias bajo la silla. Luego se acercó a Anne-Marie quien, después de haber hecho sonar dos veces una campanilla que estaba junto a la chimenea, se había sentado en el sofá.

—¡Pero si se te ven los labios, te has depilado! —gritó Anne-Marie, tironeando suavemente de los mismos—. No me había dado cuenta de que eras tan prominente, tan alta de cintura.

—Pero —dijo O—, todo el mundo…

—No, corazoncito —dijo Anne-Marie—, todo el mundo no.

Y se volvió, sin soltar a O, hacia una corpulenta morena que acababa de entrar, sin duda respondiendo a la campanilla.

—Mira, Monique —agregó Anne-Marie—, ésta es la chica que marqué este verano para Sir Stephen, ¿no es un éxito?

O sintió la mano de Monique, ligera y fresca, deslizándose sobre sus nalgas para tantear los surcos cruzados por las iniciales. Luego la mano se deslizó entre sus muslos y cogió el disco que colgaba entre los mismos.

—¿También ella está horadada? —preguntó Monique.

—Claro, y me ha hecho marcarla, naturalmente —respondió Anne-Marie.

Y O se preguntó, de repente, si naturalmente quería decir que Anne-Marie encontraba natural hacer aquello o que se trataba de una costumbre de Sir Stephen; en ese caso, ¿lo habría hecho con otras antes que con ella? Estupefacta de su propia audacia, se encontró haciéndole la última pregunta a Anne-Marie, y más estupefacta escuchó a Anne-Marie responder:

—Eso no te incumbe, O, pero como estás tan enamorada y eres tan celosa, puedo, al menos, decirte que no. Muy a menudo he ensanchado y azotado a chicas para él, pero tú eres la primera a la

que voy a marcar por orden suya. Creo que, a pesar de todo, te ama.

Luego hizo entrar a O al cuarto de baño, diciéndole que se lavara mientras Monique iba a buscar un collar y unos brazaletes. O hizo correr el agua, se quitó el maquillaje, se cepilló el pelo y se metió en la bañera, jabonándose lentamente. No prestaba atención a lo que hacía, y pensaba, vacilando entre la curiosidad y la alegría, en las chicas que habían complacido a Sir Stephen antes que ella. Por curiosidad, le hubiera gustado conocerlas. No estaba sorprendida de que las hubiera hecho ensanchar y azotar, sino celosa por no haber sido ella también en eso la primera. De pie en la bañera, encogida, la espalda vuelta hacia el espejo que cubría la pared, O se jabonaba con los dedos el interior de la vulva y el ano y, después de enjuagarse para desprender la espuma, se separó las nalgas para mirarse en el espejo: eso era lo que le hubiera gustado ver en alguna de esas chicas. ¿Durante cuánto tiempo las habría retenido junto a él? No se sentía engañada porque siempre había tenido la sensación de que había habido otras antes que ella, desnudas y sumisas y, como ella, temerosas de la vieja Norah. Pero ser la única que llevaría la marca de Sir Stephen grabada a fuego la colmaba de felicidad. Salió del agua y se secó: Anne-Marie la llamaba.

Sobre la cama de Anne-Marie, cubierta por una colcha con puntillas de percal blanco y malva, como las cortinas dobles de la ventana, había un montón de vestidos, de corsés, de sandalias de tacón alto y el cofrecito de los brazaletes. Anne-Marie, sentada a los pies de la cama, hizo que O se arrodillara ante ella, sacó del bolsillo del pantalón la llave plana que abría la cerradura de los collares y brazaletes y que llevaba atada a la cintura con una larga cadena, y probó en O varios collares hasta encontrar uno que, sin apretarla, se le ajustara perfectamente al cuello, lo suficiente para que resultara difícil hacerlo girar y más difícil aún introducir un dedo entre la piel y el metal. Lo mismo hizo con los brazaletes, colocándoselos en las muñecas, justo detrás de la articulación para permitirle libertad de movimientos. El collar y los brazaletes que O había llevado y visto llevar el año anterior eran de cuero, y mucho más estrechos: los de ahora eran de acero inoxidable, articulados y medio rígidos, semejantes a las pulseras de oro de algunos relojes. Tenían una

altura de más de dos dedos y cada uno llevaba un anillo del mismo metal. Nunca había sentido tanto frío O con los arneses de cuero del año pasado, que tampoco la habían hecho sentir con tanta intensidad la sensación de encontrarse definitivamente encadenada. El metal era del mismo color y tenía el mismo brillo mate que el anillo de la vulva. Mientras hacía sonar la cerradura del collar con un chasquido, Anne-Marie le dijo que nunca se quitara los arneses, ni de día ni de noche, ni siquiera para bañarse, mientras permaneciera en Roissy. O se puso de pie y Monique, cogiéndola de una mano, la condujo hasta delante de un espejo de tres lunas, y empezó a pintarle la boca de color claro, con una pintura un poco líquida, que se aplicaba al pincel y que se oscurecía al secarse. Con el mismo color rojo claro le pintó la aureola y la punta de los senos, y también los labios y la vulva y entre las nalgas, haciendo resaltar su hendedura. O nunca supo qué producto fijaba el color, pero más parecía un tinte que un maquillaje: no se borraba por más que se lo restregara, y ni las cremas para quitar el maquillaje, ni siquiera el alcohol, podían desprenderlo fácilmente. Le permitieron empolvarse la cara, después de haber sido pintada, y elegir las sandalias que le iban mejor; pero cuando intentó coger uno de los vaporizadores que había sobre el tocador, Anne-Marie exclamó:

—¿Estás loca, O? ¿Por qué piensas que Monique te ha pintado? Bien sabes que no tienes derecho a tocarte, ahora que llevas encima todos los grilletes.

Cogió ella misma el vaporizador y O, en el espejo, vio sus senos y sus axilas brillando bajo una aglomeración de pequeñas gotitas, como si estuvieran cubiertos de sudor. Luego Anne-Marie la hizo sentarse en la banqueta del tocador, ordenándole que alzara y separara los muslos y Monique, cogiéndola por los tobillos, se encargó de mantenerlos bien abiertos. Y el vapor de perfume, penetrándole por la oquedad de la vulva y entre las nalgas, la quemó tan fuertemente que O gimió y se debatió.

—Sujétala así hasta que eso se seque —dijo Anne-Marie—. Luego le pondrás un corsé.

O se sintió colmada de placer al sentirse de nuevo encerrada en el corsé negro. Había obedecido, aspirando profundamente para ahuecar el talle y el vientre cuando Anne-Marie se lo había ordenado, mientras Monique cerraba los lazos. El corsé llegaba

justo hasta los senos, que una ligera armazón mantenía separados, y que un estrecho reborde sostenía de tal forma que se proyectaban hacia delante y parecían, por lo mismo, más libres y frágiles.

—Tus senos han sido hechos para sentir el látigo, O —dijo Anne-Marie—. ¿Te das cuenta, verdad?

—Lo sé —dijo O—, pero le suplico…

Anne-Marie rompió a reír:

—Ah —dijo—, no me toca a mí decidir, pero si los clientes sienten deseos de hacerlo, siempre podrás suplicarles.

Sin que tuviera verdadera conciencia de ello, fue la expresión clientes, más que el terror a la fusta, lo que trastornó a O. ¿Por qué clientes? Pero no tuvo tiempo siquiera de preguntárselo, tan embargada quedó por lo que, sin advertirlo, Anne-Marie le reveló un minuto después. En ese instante, O estaba de pie frente al espejo, con las sandalias puestas y el talle apretado dentro del corsé. Monique avanzó hacia ella llevando en los brazos una falda y una casaca amarilla recamada en gris.

—¡No, no! —gritó Anne-Marie—, primero el uniforme.

—¿Qué uniforme? —preguntó O.

—Ése que lleva Monique, ¿lo ves? —dijo Anne-Marie.

Monique llevaba un vestido de corte muy parecido al de las togas que O conocía, pero cuyo aspecto más severo se debía sin duda a la tela, una especie de lanilla azul-gris muy oscura, y una pañoleta que cubría a un tiempo los hombros, el busto y la cabeza. Tras haberse puesto un uniforme igual, y luego de mirarse en el espejo al lado de Monique, O comprendió qué era lo que la había sorprendido al ver por primera vez a Monique: se trataba de una vestimenta que hacía pensar en las condenadas de las cárceles de mujeres, o en las siervas de un convento. Pero esa impresión se desvanecía al observar las ropas más de cerca. La gran falda ahuecada, apretada por un tafetán del mismo color, estaba unida mediante pliegues cruzados sin repasar sobre una banda de hilo recta que se abotonaba sobre el corsé, igual que los vestidos de ceremonia. Pero, aunque parecía cerrado, el uniforme estaba abierto en medio de la espalda, desde el talle hasta los pies. A menos que se corriera deliberadamente la falda hacia uno u otro costado, eso no se notaba. O se dio cuenta al ponerse el uniforme, pues viendo a Monique no se había percatado. La casaquilla, que se

abotonaba por la espalda y caía sobre la falda, tenía unos cortos faldones recortados que cubrían un palmo de los pliegues. Estaba ajustada mediante pinzas y entrepaños elásticos. Las mangas eran entalladas, no ensambladas, y llevaban por detrás una costura que prolongaba la costura del hombro y que terminaba en el codo en un gran sesgo de boca ancha. Un sesgo parecido remataba el escote, que seguía exactamente la abertura del corsé. Pero un gran cuadrado de encaje negro, una de cuyas puntas, cubriendo la cabeza, caía en medio de la frente como la punta de una toca, mientras la otra punta descendía entre los omoplatos, estaba sujeto con cuatro cintas, dos sobre la costura de los hombros y dos en el sesgo del escote, a la altura del nacimiento de los senos, cruzándose unas con otras justo donde una larga horquilla de acero lo mantenía fijo sobre el corselete. El encaje, sujeto a la cabellera por una peineta, enmarcaba el rostro y escondía por completo los senos, pero era muy liviano y lo bastante transparente como para que se adivinaran las formas y se comprendiera que los senos estaban sueltos bajo la tela. Por lo demás, bastaba con desprender la horquilla para que aparecieran desnudos, del mismo modo que, por detrás, bastaba apartar los dos lados de la falda para poner al desnudo el trasero. Antes de sacarle el uniforme, Monique le mostró que, mediante dos pinzas que sujetaban los lados de la falda y que podían unirse en la cintura por delante, era muy fácil mantenerlos abiertos. Fue en ese instante cuando Anne-Marie respondió al fondo de la pregunta que O le había hecho.

—Es el uniforme de la comunidad —dijo—. Tú no llegaste a conocerlo porque era tu amante el que te conducía, por su propia cuenta. No formabas parte de la comunidad.

—Pero —dijo O—, no comprendo. Yo era igual que las demás chicas, cualquiera podía…

—Cualquiera podía acostarse contigo, ¿no? Por supuesto. Pero eso sólo tenía como finalidad el placer de tu amante y era algo que sólo a él le importaba. Ahora es distinto. Sir Stephen te ha entregado a la comunidad; cualquiera podrá acostarse contigo, sí, pero ahora es la casa la que va a velar por ti. Te pagarán.

—¡Me pagarán! —interrumpió O—. Pero, Sir Stephen…

Anne-Marie no la dejó continuar.

—Escucha O, ya basta. Si Sir Stephen desea que te acuestes por

dinero, es muy libre de hacerlo, me parece. Eso no te incumbe. Acuéstate y calla. Formarás equipo con Noelle; ella te explicará el resto de lo que deberás hacer.

El almuerzo, en el gabinete de Anne-Marie, fue muy extraño. Un criado había llevado la comida en una mesa calefactora. Monique, de uniforme, lo había servido, luego de colocar los cuatro cubiertos: el de Anne-Marie, el de O, el de Noelle y el suyo. Antes, O se había probado todavía más vestidos. Anne-Marie había hecho apartar para O el vestido amarillo y gris, que llevaría ese mismo día, otro vestido azul, otro en un azul más oscuro mezclado con verde y también un vestido muy ceñido, de jersey plisado, que se abría por delante a partir de la cintura. Era de color violeta oscuro y la pálida vulva de O, recargada de anillos, y tan desnuda, se veía, aunque O no se moviera, al igual que sus nalgas descubiertas. El criado había trasladado al dormitorio que ocuparía O —y que se comunicaba con el de Noelle— todos los vestidos seleccionados menos el amarillo. Monique devolvería los demás a la tienda.

O veía reír frente a ella a Noelle, que reía porque el asiento de crin negra de su silla le hacía cosquillas, veía que Anne-Marie estaba por enfadarse, Monique siempre pendiente del servicio; al sonar por dos veces la campanilla, al tiempo que Monique se levantaba, O vio que Anne-Marie, por cuyo lado pasaba, introducía una mano por la abertura de su vestido, Monique se inmovilizó y O adivinó, por la ligera flexión de su cuerpo, que Monique se entregaba a la mano que la exploraba.

—¿Pero por qué no me ha dicho nada? —se repetía O—. ¿Por qué?

Y ora se creía sencillamente abandonada, pensando que Sir Stephen la había enviado a Roissy, devuelto a Roissy, como decía Anne-Marie, para desprenderse de ella, ora creía lo contrario, pensando que Sir Stephen seguía deseándola aún; de todos modos, Anne-Marie tenía razón, lo que él quisiera no era de su incumbencia, ni los motivos que lo movieran; bastaba con que ésa fuera su voluntad. Y en ese momento, todo empezaba de nuevo: «¿Por qué no me lo dijo, por qué?».

Y cómo hacer para impedir que las lágrimas volvieran a aflorar,

cómo hacer al menos para que no la vieran llorando. Noelle la veía. Dirigió a O una leve sonrisa, dulce y sincera. O le devolvió la sonrisa y se restregó los ojos con los puños, como una niña a la que hubieran sorprendido: no tenía siquiera un pañuelo, estaba desnuda. Por suerte Anne-Marie, que había hecho que Monique retirara la horquilla de su pañoleta para acariciarle los oscuros pezones, no miraba a O: escrutaba en el rostro de Monique el nacimiento del placer y, siempre acariciándola, le preguntaba cuántos hombres le habían penetrado en el cuerpo desde la víspera, quiénes eran, ¿acaso se había abierto a ellos como se abría ahora? Tras la última palabra, Anne-Marie llamó a Noelle y a O, y, sin soltar a Monique, les dijo que le subieran y ajustaran los pliegues del vestido. Monique tenía grandes muslos dorados y finas nalgas intactas. Con una voz sin matices, respondió a cada pregunta: cinco hombres la habían poseído, y a tres de ellos no los conocía; dijo los nombres de los otros dos. Sí, se había entregado plenamente. Anne-Marie, volcándola hacia delante, hizo ver a las otras dos chicas cómo introducía fácil y alternativamente, en la vulva y en el ano de Monique, los dos dedos más largos de una mano. Cada vez, Monique se cerraba en torno a los dedos que la penetraban y gemía: podía verse cómo se le contraían las nalgas. Finalmente empezó a gritar, crispadas las manos sobre los senos, la cabeza vuelta a un lado y apoyada en un hombro, bajo el velo de encaje, los ojos cerrados. Anne-Marie la dejó marcharse.

Aquel primer día, O fue encadenada en su dormitorio después de medianoche. Por la tarde, se quedó en la biblioteca, llevando el hermoso vestido amarillo y gris cubierto de tafetán del mismo color, que cogía con los dos brazos para levantarlo cuando le ordenaban alzarse las faldas. Noelle, vistiendo unas ropas parecidas, aunque rojas, estaba con ella, y también otras dos chicas rubias, cuyo nombres Noelle no le dijo hasta que las dos estuvieron solas por la noche: la regla del silencio era siempre absoluta en presencia de un hombre, fuera quien fuera, amo o criado. Eran las tres en punto cuando las cuatro chicas entraron en la estancia vacía, con todas las ventanas abiertas de par en par. La temperatura era agradable, el sol daba en el muro del edificio principal, sus reflejos alumbraban

una de las paredes cubiertas de hiedra. Y O se engañaba, la pieza no estaba vacía: había un criado, montando guardia junto a la puerta. O sabía que no debía mirarlo: pero no se podía contener, y haciendo lo posible por no mirarlo más arriba de la cintura, sintió que le volvían el pánico y la fascinación que había sentido un año antes: no, no había olvidado aquello y, sin embargo, ahora la sensación era peor que en el recuerdo, ese sexo tan libre dentro de una bolsa, y tan visible entre los pliegues de los negros calzones ceñidos, como los que se ven en las tablas del siglo XVI: eso y las correas de la fusta colgando de la cintura. Al pie de los sillones había unos taburetes. O se había sentado en uno de éstos, al igual que las otras tres chicas, el vestido extendido en torno a sí. Y desde abajo miraba, justo en frente de ella, al hombre inmóvil. El silencio era tan pesado que O ni siquiera se atrevía a mover sus ropas: la seda crujía ruidosamente. Lanzó un grito al oír un ruido repentino: un joven moreno y rechoncho, vistiendo ropas de montar, con un látigo en la mano y espuelas doradas en las botas, había entrado saltando por la ventana.

—Hermoso espectáculo —dijo—, sois muy listas, ¿no tenéis ningún amante? Hace un cuarto de hora que os miro por la ventana. Sin embargo, la chica de amarillo —agregó, paseando el mando del látigo por los senos de O, estremecida—, no es tan lista.

O se levantó. Justo en ese momento entró Monique, con el vestido de satén malva recogido delante, sobre la pelvis, donde un triángulo de lanilla negra marcaba el comienzo de los largos muslos que O sólo había visto al revés. La seguían dos hombres. O reconoció al que marchaba delante: era el mismo que el año anterior le había anunciado el reglamento de Roissy. Él también la reconoció y le sonrió.

—¿La reconoce? —preguntó el joven.

—Sí —respondió el hombre—. Se llama O. Lleva la marca de Sir Stephen, que la obtuvo de René R. Estuvo aquí algunas semanas el año pasado, usted aún no estaba aquí. Si la desea, Franck…

—La verdad, no lo sé —dijo Franck—. Pero, ¿no sabes lo que hacía vuestra O? Hace un cuarto de hora que la observo, sin que me vea, y en todo ese tiempo no ha dejado de mirar a José, aunque nunca más arriba de la cintura.

Los tres hombres rieron. Franck cogió a O por los pezones y la

atrajo hacia sí.

—Responde, putita, ¿qué es lo que tanto te fascina? ¿La fusta de José o su verga?

Púrpura y ardiente de vergüenza, habiendo perdido toda noción de lo permitido y lo prohibido, O saltó hacia atrás, arrancándose de las manos del joven y gritando:

—Déjeme, déjeme.

El joven volvió a atraparla, al tropezar ella en un sillón, y la atrajo de nuevo hacia sí.

—Sería injusto que te salvaras —dijo—. José te hará conocer su fusta en seguida.

¡Ah!, no había que gemir, ni suplicar, ni pedir gracia o perdón, pero O gimió y lloró, y pidió gracia, retorciéndose para escapar a los golpes, intentando besarle las manos a Franck, que la sostenía mientras el criado la azotaba. Una de las rubias y Noelle la levantaron y le subieron las faldas.

—Ahora me la llevaré conmigo —dijo Franck—. Más tarde, les daré mi opinión.

Pero una vez hubieron subido a su habitación, desnuda O sobre la cama, Franck se puso a mirarla largamente y, antes de echarse junto a ella, le dijo:

—Perdona, O, pero tu amante también te hacía azotar, ¿verdad?

—Sí —dijo O, y vaciló.

—Sí, habla —dijo Franck.

—Mi amante no me insulta —dijo O.

—¿Estás segura? —respondió el joven—. ¿Nunca te ha tratado de puta?

O sacudió a los lados la cabeza y, al mismo tiempo, supo que mentía: Sir Stephen la había tratado de puta, simplemente, al hablar de ella en el salón privado de Lapérouse, al entregarla a los dos ingleses, y, durante la comida, cuando la había obligado a desnudarse, sus pechos cicatrizados, lastimados. Alzó los ojos y encontró los ojos de Franck fijos en ella; eran de color azul oscuro, dulces, casi compasivos. Respondiendo a lo que él no decía, O murmuró:

—Si lo hizo, tenía razón.

Franck la besó en la boca.

—¿Tanto le amas? —preguntó.

—Sí —dijo O.

Entonces el joven no dijo nada más. La acarició tan largamente en los labios de la hendedura de la vulva que O empezó a jadear hasta perder el aliento. Después de haberse hundido en ella, el joven cambió la vulva por el ano, pronunciando en voz muy baja: «O». Ella sintió que se cerraba en torno de aquella estaca de carne que la empalaba y la hacía arder. Él se perdió en ella y se durmió bruscamente apretándola contra sí, las manos sobre sus senos, las rodillas ajustadas en la concavidad de las rodillas de ella. Hacía fresco. O subió la sábana y el cobertor y se durmió también. El día declinaba cuando se despertaron. ¿Cuántos meses hacía que O no dormía en brazos de un hombre? Todos, y en especial Sir Stephen, se acostaban con ella y después se marchaban o la hacían marcharse. Y éste, que poco antes la había tratado con tanta brutalidad, ahora se sentaba en sus rodillas para pedirle amablemente, como Hamlet a Ofelia (Ofelia, decía él, que también empieza con O), si podía acostarse contra su pelvis. Apoyando la cabeza en la vulva de O, el joven daba vueltas a los grilletes una y otra vez, haciéndolos resonar contra la espalda de ella. Encendió la lámpara de cama para verlos mejor, leyó en voz alta el nombre de Sir Stephen inscrito en el disco y, fijándose en el látigo y la fusta entrecruzados grabados debajo del nombre, preguntó cuál de ellos prefería emplear Sir Stephen. O no contestó.

—Responde, pequeña —dijo el joven, con ternura.

—No sé —dijo O—. Los dos. Aunque Norah empleaba siempre la fusta.

—¿Quién es Norah?

El joven hablaba de una manera tan abandonada, tan confiada, que O tenía la impresión de que responderle era como hablar para sí misma, como hablar sola en alta voz y, por lo tanto, respondió sin pensarlo:

—Su sirvienta —contestó.

—Entonces hice bien al decirle a José que te azotara.

—Sí —dijo O.

—Y tú, ¿cuál prefieres? —preguntó el joven.

Esperó. O no le respondía.

—Lo sé —dijo el joven—. Acaríciame también con la boca, O, te lo ruego.

Y se colocó justo encima de ella, que empezó a acariciarlo. Luego el joven la cogió por el talle con las dos manos, para ayudarla a ponerse de pie, y le dijo:

—*Fine, fine, fine*.

Le besó los senos y le abrochó el corsé. O lo dejó hacer sin siquiera darle las gracias, embargada de dulzura, amansada: el joven le hablaba de Sir Stephen. Finalmente, luego de haber llamado a un criado para que se la llevara, estando O con sus ropas ya puestas, le dijo:

—Mañana haré que te traigan de nuevo, O, pero te castigaré yo mismo.

Ella sonrió cuando el joven agregó:

—Te castigaré como él.

Esa noche, O aprendería, de boca de Noelle, que si bien los criados no podían tocar a las chicas en las habitaciones comunes, a excepción del refectorio, donde ejercían la ley, éstas estaban a su entera disposición siempre que se solicitaran sus servicios (aunque sólo entonces): en los dormitorios, cuando las chicas estaban solas, en los vestuarios, a entera voluntad por los corredores y los vestíbulos. Quiso la casualidad que José fuera quien vino en respuesta de la llamada de Franck. José era joven, alto y apuesto; el aire naturalmente arrogante de los españoles combinaba muy bien con su cara de moro. O sintió una vergüenza terrible mientras lo seguía, con las sandalias resonando a lo largo del amplio corredor; ello no se debía al hecho de que José la hubiera azotado, sino porque estaba segura de que él había creído en las palabras de Franck y no dudaba de que ella lo deseaba. Y, además, O no podía olvidar lo que una vez le había dicho un oficial colonial de los soldados moros españoles: cuando podían, se pasaban el día entero cabalgando mujeres. En efecto, José no había andado diez pasos cuando se volvió y, poniendo contra la pared la primera banqueta que encontró a su paso, para mayor comodidad, cogió a O y le dio vuelta. La poseyó a placer y O, loca de furor contra sí misma pero trabajada como por una barra de hierro, no pudo contener los gemidos.

—¿Estás contenta? —le preguntó José—. ¿Te gusta?

Sus dientes blancos destellaban en el rostro oscuro. O cerró los ojos para no verle la sonrisa. Pero José se inclinó sobre ella y le cogió la lengua. ¿Por qué O temblaba ante la idea de que pudiera abrirse la puerta de Franck?

En el vestuario de la planta baja, adonde en seguida la condujo José, O encontró a Noelle, que tenía levantada la falda mientras una chica en uniforme, con la pañoleta descruzada, la duchaba. O se acomodó igual que ella en la silla turca vecina a la suya. Cuando el agua terminó de salir de su interior, la misma chica la jabonó durante un momento, luego la enjuagó con el chorro, que obedecía mediante un resorte a la presión del dedo, y que surgía de un tubo de metal anillado; terminaba en un pequeño conducto de ebonita. El chorro era suave, pero el agua estaba muy fría, más fría aún, sintió O, al sentirla expandirse en lo hondo de sus nalgas y después dentro de su vulva. ¿Era necesario lavarle tan largamente, a continuación, las nalgas, el interior de los muslos y los labios de la vulva? Durante su primera estancia en Roissy, O había ignorado por completo la existencia de estos vestuarios. También es verdad que nunca había estado en una habitación que no fuera la suya.

—¡Ah! O, cada vez que subimos —le dijo Noelle, al ser interrogada— debemos lavarnos al bajar de nuevo.

—Pero, ¿por qué una lavativa tan prolongada —preguntó O— y tan fría?

—A mí me encanta —dijo Noelle—. Después te sientes fresca, te vuelves a cerrar perfectamente.

Luego, la chica de guardia las cubrió a las dos con perfume y pintura. Volvieron a maquillarse y a cepillarse el pelo. El perfume hizo que O entrara un poco en calor. Noelle la cogió de una mano. Tenía la belleza de las irlandesas, o de las rochelesas, con el cabello muy negro, la piel blanca y los ojos azules. No era más alta que O, pero tenía la espalda muy estrecha y la cabeza muy pequeña, los senos pequeños y puntiagudos, los muslos grandes y redondos. La nariz corta y los labios carnosos, siempre entreabiertos, le otorgaban un aspecto risueño. Pero, sin duda, era guapa: cuando entraba en cualquier sitio, parecía siempre como si llegara a una fiesta. Poseía, en su alegría, una cualidad desarmante. Se entregaba

con una sonrisa tan encantadora, alzaba con tanta gracia la falda para mostrar los grandes muslos blancos, que era muy raro que alguno la castigara seriamente:

—Justo lo necesario —le decía a O—. A mí no me va eso de que me marquen.

Cuando regresaron al salón, con las lámparas encendidas, O pudo admirar la gracia de Noelle y el éxito de la misma. Los tres hombres sentados en los grandes sillones de cuero, dos con dos chicas rubias a sus pies y el tercero con Monique, a las que ni miraban —una de las chicas rubias era la misma Madelaine del año pasado—, volvieron la cara y reconocieron a Noelle. Uno la llamó en seguida, diciéndole:

—Ven a entregar tus hermosos senos.

Noelle se inclinó sobre el sillón con las manos sobre los brazos del mismo, los senos justo a la altura de la boca del hombre, sin la menor vacilación, evidentemente dichosa de complacerlo. Era un hombre de unos cuarenta años, calvo, sanguíneo, O veía su nuca rugosa formando dos bultos adiposos sobre el cuello de la americana, y pensaba en el falso alemán al que Sir Stephen la había entregado la víspera; se parecía a él. El que estaba con Monique se colocó detrás de Noelle y le deslizó las manos sobre las nalgas.

—¿Me permite, Pierre? —preguntó, dirigiéndose al primero.

—Me parece que es a Noelle a la que hay que pedirle permiso —dijo el otro, y agregó—: Aunque no vale la pena, ¿eh Noelle?

—No —dijo Noelle.

O la miraba: estaba, sin duda, arrebatadora, estirando la cabeza y el cuello para ofrecer mejor los senos, doblando la cintura para ofrecer mejor las nalgas. ¿Acaso era por el placer que sentía al ser observada y acariciada por lo que despertaba tantos deseos? El compañero de Monique le había hecho señas para que la desvistiera, y O lo observó penetrando entre las nalgas de Noelle. Finalmente, los tres hombres la poseyeron, uno después de otro, rosa y negro entre las piernas, abierta y blanca como la leche dentro de su vestido rojo con muchas vueltas. De inmediato, los hombres, de común acuerdo, decidieron que Noelle y O —«la pequeña, ya que está con ella», dijo el que se llamaba Pierre— se marcharan, cuando un criado vino a preguntar si no podía disponer de dos chicas para enviarlas al bar.

—No hay por qué dejarla descansar —dijo Pierre.

Había en Roissy tres verjas. La parte del edificio principal, a la cual no se podía entrar más que franqueando una de esas tres verjas, constituía lo que se llamaba, no sin cierto infantilismo, el gran claustro. Los únicos que tenían acceso eran los afiliados, o sencillamente, los miembros del club. Comprendía la planta baja, a la derecha de un gran vestíbulo (sobre el cual se abría una de las puertas enrejadas, la más grande), la biblioteca, un salón, un salón de fumar, un vestuario y, a la izquierda, el refectorio de las chicas y una pieza contigua reservada a los criados. Algunas habitaciones de la planta principal estaban ocupadas por las chicas traídas directamente por los miembros del club, tal como O lo había sido por René. Las demás habitaciones, en los pisos altos, estaban ocupadas por los miembros del club que pasaban temporadas en Roissy. En el interior del claustro, las chicas sólo podían circular acompañadas; estaban completamente obligadas al silencio, incluso entre ellas, y a andar siempre con la vista baja. Llevaban los senos desnudos y, por lo general, las faldas alzadas por delante o por detrás. Los miembros del club podían usar de ellas como quisieran y exigirles cualquier cosa, no teniendo que pagar más por ello. Los miembros del club podían visitar el lugar tres veces al año o concurrir tres veces por semana, quedarse una hora o quince días, hacer simplemente que una chica se desnudara o hacerla azotar hasta verla sangrar: la cotización anual era siempre la misma. El precio de la estancia en el lugar se pagaba como en un hotel. La segunda verja separaba de esa parte del edificio central un ala llamada el pequeño claustro. Era en su prolongación donde estaban situadas las habitaciones de la servidumbre, en las que vivía Anne-Marie. En el pequeño claustro tenían sus aposentos las chicas de la comunidad propiamente dicha, habitando en dormitorios dobles, es decir: habitaciones divididas por una pared que no llegaba al techo y a la cual estaban adosadas las camas, unas camas ordinarias y no divanes forrados en piel como el que O tenía durante su primera estancia. Tenían cuarto de baño y un guardarropa compartido. La puerta de las habitaciones no se cerraba con llave y los miembros del club podían entrar a cualquier hora de la noche, que las chicas

pasaban encadenadas. Pero dejando de lado el encadenamiento, no había ninguna regla restrictiva. Finalmente, del otro lado de la tercera verja, que estaba situada, mirando a la puerta principal, a la izquierda, estando la segunda a la derecha, se encontraba la parte libre y casi pública de Roissy: un restaurante, un bar, pequeños salones en la planta baja y, en los pisos altos, habitaciones. Los miembros del club podían recibir en el restaurante y en el bar a sus invitados, sin que éstos tuvieran que pagar ningún derecho de acceso. Además, casi cualquier persona podía suscribir una «tarjeta provisional», válida para dos veces, y muy cara. Esa carta otorgaba, simplemente, el derecho, que también se otorgaba a los invitados, de consumir en el bar, de almorzar o de cenar, de tomar una habitación y de hacer subir a una chica, debiendo pagar cada cosa aparte. El restaurante y el bar tenían *maître* y *barman*, y algunos camareros —las cocinas estaban en el subsuelo—, pero eran las chicas las que atendían las mesas. En el restaurante, vestían uniforme. En el bar, llevaban grandes vestidos de seda, una mantilla de encaje semejante a la pañoleta del uniforme cubriendo la cabellera, los hombros, los senos: estaban allí para atender todo lo que se les pidiera. Normalmente, el bar y el restaurante cubrían gastos, al igual que el hotel. El dinero que aportaban las chicas se repartía según proporciones determinadas: tanto para Roissy, tanto para la chica. No todas valían lo mismo: O se enteró de que costaría doble precio porque pertenecía oficialmente a un miembro del club, llevando grilletes y marca. Había otras dos chicas en su misma situación, una de las cuales era la pequeña rusa rolliza y blanca que había visto en los aposentos de Anne-Marie. Azotar a una chica se pagaba aparte, lo mismo que hacerla azotar por un criado. Las cuentas se pagaban en la oficina del hotel, las consumiciones en el acto. La proximidad de París, el aspecto suntuoso y sin embargo discreto de los edificios, la comodidad de sus instalaciones y la excelencia del restaurante, lo que había de teatral en los vestidos de las chicas, la presencia de criados, la seguridad y la libertad para las relaciones sexuales y, sobre todo, lo que se sabía respecto a lo que ocurría detrás de las puertas de los claustros hacían que Roissy tuviera una clientela numerosa, compuesta principalmente por hombres de negocios, lo mismo extranjeros que franceses. El Roissy público no tenía más existencia oficial que el clandestino; lo de

Country Club era una denominación que no engañaba a nadie, aunque muy a menudo ocurría que el hombre de cabellos grises que pasaba por ser el Amo de Roissy cuando, de hecho, no era más que el administrador, interrogara a una chica u otra sobre un cliente de paso —sin contar con que era obligatorio mostrar el pasaporte o el carnet de identidad (se aseguraba, bajo juramento, que no se tomaban notas sobre los mismos), para suscribir una tarjeta provisional—; en resumen: Roissy era ignorado oficialmente y tolerado oficiosamente. Uno de los motivos era, sin duda, muy distinto de los que dicha supervisión hacía suponer: el hecho de que nunca hubieran existido quejas sobre contagios venéreos, ni escándalos de embarazos ni de abortos. Constantemente O se preguntaba cómo aquellas chicas, que a veces se acostaban con diez hombres en un día —hombres, además, que no toleraban ningún estorbo—, podían preservarse de los embarazos. A no todas podía ayudarlas el azar, como a ella, que tenía una desviación que hacía casi inexistente el riesgo de embarazo.

—Se puede reemplazar el azar, O —le dijo Anne-Marie, en respuesta a su pregunta.

De donde sacó en conclusión que Anne-Marie, que era doctora, había operado secretamente a las chicas de Roissy. Nunca ninguna tenía esa cara de angustia que suelen poner las mujeres cuando existe un retraso en la regla.

—Ah, eso no es nada, no hay por qué alarmarse, entiéndelo —le dijo un día Noelle—, pero no puedo decirte nada, quiero dormir.

O supuso que estaba prohibido hablar del tema.

De los contagios ya era más difícil defenderse: pastillas, profilácticos, agua a presión. Los peores contagios se producían en la boca: la pintura que impedía que los labios se resquebrajaran ayudaba a reducir el peligro. Además, Anne-Marie examinaba a las chicas todos los días. Las cuidaba, en caso de necesidad las aislaba —había más dormitorios detrás de su apartamento— hasta su curación. Escapaban a sus cuidados y a sus apremios las chicas traídas por sus amantes: éstas debían correr con todos los riesgos y por otro lado, nunca salían del claustro grande. En cuanto a las demás, O nunca terminó de comprender quién y cómo decidía la forma en que debía utilizárselas en las distintas zonas de Roissy. Por una parte, existía un reglamento establecido para lo que se hacía

llevando el uniforme; tantos días de servicio en el restaurante para el almuerzo; tantos días de servicio para la cena; igual en ropas de fiesta, tantos mediodías o tantas tardes en el bar. Además, el bar y el restaurante los compartían los visitantes y los miembros del club, por lo que nada impedía que éstos cogieran a una chica y se la llevaran a otra parte. Por otro lado, el puro capricho parecía gobernar toda decisión: por ejemplo, cuando apareció un criado para pedir dos chicas para el bar, las elegidas fueron Noelle y O, y no Monique o Madelaine.

Cuando entró por vez primera en el bar, siguiendo a Noelle, las dos con mantilla, O se sintió asombrada por la semejanza del local con la biblioteca que acababan de abandonar: las mismas dimensiones, los mismos adornos de madera, idénticos sillones. La pequeña y hermosa rusa que estaba engrillada y depilada igual que O y a la que O una vez había fustigado con sorprendente placer en los aposentos de Anne-Marie, estaba sentada en un taburete, vestida de satén gris, y reía acompañada por dos hombres. Dio un salto para ir a besar a O no bien la divisó y regresó cogiéndola por la cintura.

—Es O —dijo—, ¿la invitan? No podrán encontrar nada mejor.

Y, a través del encaje negro, besó a O en un seno.

—No quieren decir cómo se llaman —dijo, dirigiéndose a O—, pero tienen aspecto gentil, ¿no te parece?

Gentil no: era absurdo. Tenían un aspecto al mismo tiempo incómodo y vulgar y el tercer aperitivo no les había dado seguridad todavía. Al coger su vaso de encima del mostrador, O acarició con el brazo la rodilla del que estaba a su derecha: el hombre depositó una mano sobre el pezón marcado en rojo y preguntó por qué todas llevaban brazaletes de metal.

—Como si no lo supieran —exclamó Yvonne—. Pero no importa. Se lo explicaremos mientras cenamos. Vamos, vengan.

Luego, dirigiéndose al que había hablado y que ahora se levantaba del taburete, y procurando además rozar al otro, dijo a O:

—Pásale el brazo, de prisa, para que no diga que no le complaces.

En el restaurante, escogieron una mesa para los cuatro. Los tres hombres que se habían acostado con Noelle cenaban juntos en una

mesa vecina. Noelle, cinco minutos después de separarse de O, había desaparecido por la puerta que conducía a las habitaciones, seguida por una especie de sirio barrigón. Franck entró en el instante en que O e Yvonne, que no habían bebido licores, esperaban a que los hombres terminaran de beber cada uno su coñac. Franck le hizo una pequeña señal con la mano a O y se instaló solo junto a una ventana. Pero O, que lo veía un poco al sesgo, se dio cuenta de que la chica encargada de servirlo se acercaba a su mesa y, en seguida, Franck le deslizaba una mano por debajo de la falda. En el restaurante y en el bar, y a condición de que se obrara discretamente, ésa era la única libertad permitida. Finalmente, llegó el momento en que Yvonne preguntó:

—¿Subimos?

Un mozo de hotel abrió dos habitaciones contiguas, no comunicantes, mostró el teléfono, la campanilla y cerró la puerta. O, sin que se lo hubieran pedido, se quitó la mantilla y se acercó a su cliente para ofrecerle los senos. El hombre estaba sentado en una silla. El espejo de tres caras, que estaba fijo a una pared en todas las habitaciones, lo reflejaba, y O, de pie entre las rodillas del hombre, completamente vestida e inclinándose para que al hombre le fuera más cómodo, se asombraba al descubrir lo natural que le resultaba ofrecer sus pechos a aquel desconocido. Desde la mañana, cuatro hombres habían, como decía Anne-Marie, penetrado en su cuerpo; Sir Stephen, el chófer, Franck y el criado José. Éste de ahora sería el quinto: el mismo número que los de Monique. Pero, además, éste le pagaría. El hombre le dijo que se desvistiera y, al verla en corsé, la detuvo. Sus grilletes (a los que Yvonne no se había referido, mientras que ella había explicado, cuando ya no le preguntaban, que: «Los brazaletes sirven para atarnos cuando nos azotan») sus grilletes lo trastornaban, al igual que esa doble facilidad que le fue ofrecida cuando cogió a O por las corvas, desde atrás, sobre el borde de la cama. No bien hubo salido de dentro de ella, el hombre dijo:

—Si quieres ser gentil, te daré una buena propina.

O se arrodilló. El hombre partió antes de que ella hubiera terminado de vestirse, dejando un puñado de billetes sobre la chimenea: un tercio de lo que O ganaba en un mes de trabajo en el estudio de la rue Royale. O se lavó, volvió a ponerse el vestido y

bajó, con los billetes doblados metidos entre la piel y el corsé, en medio de los senos. Sin embargo, se engañaba en lo de igualar a Monique: no bien llegó al bar, fue escogida por otro cliente, conducida de nuevo a una habitación y poseída por sexta vez.

En la oscuridad, encadenada a un gancho que colgaba sobre el techo —como lo había sido en la habitación que ocupara el año anterior y que ahora ocuparía váyase a saber quién—, en la oscuridad y sin poder conciliar el sueño, O se preguntaba por centésima vez por qué, sintiera ella placer o no, cualquiera, por el hecho de penetrarla o simplemente de explorarla con la mano, de golpearla o nada más que con hacer que se desnudase, tenía el poder de someterla. Del otro lado de la pared, delgada como si fuera de papel, y que apenas tenía el mismo largo que el ancho de la cama y de las mesillas de noche, O escuchaba que Noelle se revolvía, sin poder tampoco dormir. La llamó. ¿Acaso Noelle se sentía sometida como ella, igual de vacía y servil desde el momento en que la tocaban? Noelle se mostró indignada. ¿Sometida, servil? Hacía lo que hacía, eso era todo. ¿Y vencida? ¿Por qué vencida? O era muy complicada. A Noelle, lo que le gustaba era ver cómo los hombres se ponían duros con sólo verla, y a menudo era agradable y siempre divertido abrir para ellos la boca o las piernas.

—¿También con el sirio de esta noche? —preguntó O.

—¿Qué sirio? —preguntó Noelle.

—Ese tipo medio negro, muy barrigón, con el que subiste no bien llegamos al bar.

Era posible, pensó O, que no se acordara… Pero sí, porque Noelle respondió:

—¡Oh!, si lo hubieras visto desnudo: es un cerdo.

—Tú lo quisiste —dijo O.

—Oh, no —respondió Noelle—. ¿Qué hay de malo en eso? Me estuvo lamiendo durante media hora, pero lo que quería era penetrarme por detrás y ponerme a cuatro patas. Paga muy bien, ¿sabes?

A O también la habían pagado bien, el dinero estaba en el cajón de una de las mesillas de noche.

—Noelle —dijo O—, ¿cuando te azotan también lo encuentras

divertido?

—Un poco sí y, además, a mí nunca me fustigan más que un poco.

O tendría que haber dicho: «Tienes suerte», pero en seguida se dio cuenta de que no era cuestión de suerte. Quiso preguntarle por qué nunca la azotaban más que un poco, y qué opinaba de las cadenas, y si los criados… Pero Noelle se volvió en la cama, gimoteando:

—Ah, tengo mucho sueño. No le des tantas vueltas a las cosas, O, duerme.

Y se durmió.

Por la mañana, a las diez, un criado acudía a soltar las cadenas. Ya bañada y arreglada, habiendo superado el examen de Anne-Marie, y a menos que estuvieran de servicio en las habitaciones del gran claustro (en ese caso debían ponerse de inmediato el uniforme), las chicas eran libres de vestirse o no, hasta el momento de ir al restaurante o al bar a las que les tocara y al refectorio las demás. Pero las que iban al refectorio no se vestían: ¿para qué, si debían estar desnudas? Se podía desayunar en una pieza de la planta alta. Las puertas en las habitaciones permanecían abiertas hacia el corredor y estaba permitido trasladarse de una a otra. Sólo O, Yvonne y la tercera chica engrillada como ellas, Julienne, eran llamadas por la mañana para recibir el azote. Les era dado por turnos en el descanso de la escalera, inclinadas sobre la balaustrada, atadas, nunca castigadas lo bastante como para quedar marcadas pero sí lo suficiente como para arrancarles gritos, súplicas y a menudo lágrimas. La primera mañana en que O, liberada, se echó gimiendo en la cama mientras todavía le ardían sus nalgas, Noelle la cogió en los brazos para consolarla. Su dulzura no carecía de cierto desprecio. ¿Por qué haber aceptado los grilletes? O confesó sin remilgos que se había sentido dichosa cuando su amante la fustigaba todos los días.

—Entonces, estás acostumbrada —dijo Noelle—. No llores, que eso no te faltará.

—Es posible —dijo O—. Y no me quejo. Pero no, nunca podré acostumbrarme.

—Pues bien —dijo Noelle—, creo que no te queda otro remedio, porque sería muy raro que sólo te azotaran una vez por día, aquí. Los hombres en seguida ven para qué están hechas las chicas como tú. Los anillos que llevas en la vulva, la marca… sin contar lo que dirá en tu ficha.

—¿En mi ficha? —preguntó O—. ¿Qué ficha, qué quieres decir?

—Aún no tienes ficha, pero tranquilízate, pronto la tendrás.

Interrogada sobre el asunto de la ficha, tres días más tarde, Anne-Marie, que había hecho desayunar a O con ella, se explicó:

—Espero tener tus fotos; pondremos al dorso la ficha que me habrá enviado Sir Stephen, no los datos sobre tu persona, quiero decir no tus medidas, las marcas que hay en tu cuerpo, tu edad, no, sino tus particularidades y la forma de emplearte… Oh, eso siempre ocupa apenas dos líneas y además sé de antemano qué dirá.

Las fotos se las habían tomado a O una mañana, en un estudio casi idéntico a aquel en el que ella había trabajado, instalado en lo alto del ala derecha. A O la habían pintado igual que ella pintaba a los maniquíes, en una época que ya le parecía más lejana que su infancia. La habían fotografiado llevando el uniforme, con un vestido amarillo, con las faldas alzadas y también desnuda, de frente, de espaldas, de perfil, apoyada a medias sobre una mesa y con las piernas abiertas, echada hacia delante, levantando el trasero, de rodillas y maniatada. ¿Conservarían todas esas imágenes de ella?

—Sí —respondió Anne-Marie—. Las ponemos en el informe sobre ti. De las mejores, hacemos varias copias para distribuir entre los clientes.

Cuando Anne-Marie se las mostró, dos días después, O se sintió aterrada; sin embargo, las fotos eran bonitas; no había una siquiera que no pudiera aparecer en las revistas que se venden semiclandestinamente en los quioscos. Pero la única foto en la cual O tuvo la impresión de reconocerse era una que la mostraba desnuda, de pie, de frente, apoyada en el filo de una mesa, con las manos en las nalgas, las rodillas flojas, los anillos bien visibles entre los muslos y su hendedura de la vulva tan notoria como la boca entreabierta. Miraba hacia delante, inexpresiva y ausente. Indudablemente, no se engañaba al reconocerse.

—Repartiremos ésa, sobre todo —dijo Anne-Marie—. Puedes

darle vuelta, o mejor no: te voy a mostrar la ficha de Sir Stephen.

Anne-Marie se puso de pie, abrió el cajón de un archivador y entregó a O una cartulina pequeña en la que destacaba, en tinta roja, la letra de Sir Stephen, su nombre O, y lo siguiente: «Grillada. Marcada. Boca bien formada». Debajo, y subrayado: «Fustigarla».

—Ahora da vuelta a la foto —dijo Anne-Marie.

El mismo texto estaba escrito en el reverso de la foto. Lo que allí figuraba, Sir Stephen lo había dicho, en términos más crudos, y delante de O, cada vez que la había entregado a alguien e incluso no lo escondía al hablar de ella a sus amigos. O supo que las fotos, dos o tres de cada chica, se encontraban en los álbumes de hojas removibles que todo el mundo podía consultar, tanto en el bar como en el restaurante.

—Esa también es la que prefiere Sir Stephen —dijo Anne-Marie —. Y ésa —y señaló una en la que O estaba de rodillas, con el vestido levantado.

—Pero, ¿cómo? ¿Las ha visto? —gritó O.

—Sí, vino ayer. Ayer hizo la ficha, aquí mismo.

—Pero, ¿cómo, ayer? ¿A qué hora? —preguntó O, pálida, sintiendo un nudo en la garganta y las lágrimas a punto de asomar —. ¿Cuándo? ¿Por qué no me fue a ver?

—Oh, pero si te vio —respondió Anne-Marie—. Ayer lo acompañé a la biblioteca, donde estabas tú, con el comandante. No había nadie, aparte vosotros dos, en la pieza, pero no quisimos molestar.

Ayer, ayer por la tarde en la biblioteca, O, de rodillas, con el vestido verde y azul subido encima de las nalgas. No se había movido al abrirse la puerta: tenía la verga del comandante en la boca.

—¿Por qué lloras? —preguntó Anne-Marie—. Te halló muy bonita. No llores, tontuela.

Pero O no podía contener las lágrimas.

—¿Por qué no me llamó? ¿Acaso se marchó de pronto, qué hizo, por qué no me dijo nada? —gimió.

—Ah, estaría bueno que te rindiera cuentas de lo que hace; creo que le habría gustado penetrarte; no le daré mis felicitaciones. Merecerías…

Anne-Marie se interrumpió: golpeaban a la puerta. Se trataba del

hombre al que llamaban el Amo de Roissy. Hasta entonces no había prestado atención a O, ni siquiera la había tocado. Pero, sin duda, O estaba especialmente conmovedora, o provocativa, tan indefensa y derrotada, pálida y desnuda, la boca húmeda y temblorosa. Cuando Anne-Marie le ordenó que se marchara y se vistiera —ya eran casi las tres— el administrador rectificó:

—No, mejor que me espere en el corredor.

Cuando más intensa era su amargura, O se sintió apaciguada por una circunstancia que, en principio, parecía que no podía satisfacerla de ninguna forma: la llegada del falso alemán al que ya se había entregado varias veces en presencia de Sir Stephen. Sin duda aquella visita no tenía nada de agradable: el falso alemán era brutal, de aspecto ávido y despreciativo, con manos y lenguaje de carretero. Pero le dijo a O, después de llamarla al bar, que venía de parte de Sir Stephen, y la llevó a cenar, al mismo tiempo le entregó un sobre. O recordó, mientras el corazón le latía violentamente, el sobre que había encontrado en la mesa del salón de Sir Stephen, al día siguiente de haber pasado su primera noche con él. Lo abrió: era una misiva de Sir Stephen, claro, que le decía que hiciera todo lo que estuviera en su mano para que Carl sintiera deseos de volver, igual que durante el viaje le había recomendado lo esperara en su cabina. Además, le daba las gracias. Evidentemente, Carl no conocía el contenido de la carta. Sir Stephen debió de darle a entender otra cosa. Después que O guardó el papel en el sobre y alzó los ojos hacia él, que estaba sentado en un taburete del bar (ella de pie frente a él), Carl le dijo, con su voz áspera y lenta, que su dificultad para expresarse en francés hacía más lenta todavía:

—¿Entonces, serás obediente?

—Sí —dijo O.

¡Ah!, sí, obedecería. Carl pensaría que lo obedecía a él, pero no, lo engañaría: obedecería a Sir Stephen, fuera como fuera, porque éste la quería usar para sus fines, fueran cuales fueran. O miró a Carl con dulzura: si tenía éxito y él sentía deseos de volver —O no llegaba a comprender por qué querría Sir Stephen retenerlo en París, pero poco le importaba—, si lo lograba, era posible que Sir Stephen la recompensara, era posible que apareciera. O recogió las faldas colgantes de su vestido, sonrió al alemán y pasó ante él para entrar en el restaurante. Acaso por su dulzura, que era deliciosa

cuando ella quería, acaso por su sonrisa, lo cierto es que el hielo que congelaba el rostro de Carl se fundió bruscamente. Él se esforzó, durante la cena, por hablarle con cortesía. En media hora, sabía más cosas sobre Carl que las que sabría jamás sobre Sir Stephen. Carl le dijo que era flamenco, que tenía intereses en el Congo belga, que viajaba al África tres o cuatro veces al año, en avión, que las minas le daban mucho dinero.

—¿Qué minas? —preguntó O.

Pero Carl no respondió. Bebió mucho, con los ojos siempre fijos en O, ora en sus labios, ora en sus senos que se movían bajo la mantilla, y de los cuales a veces se veía, a través del encaje, el pezón pintado. En la oficina, adonde O en seguida lo condujo para que eligiera una habitación, Carl dijo:

—Quiero que me suban whisky y un chicote.

Después de ser poseída como Noelle lo había sido por el sirio, y del mismo modo en que lo fue por este mismo hombre ante Sir Stephen, después de hacerse acariciar, levantando por tercera vez el látigo y cogiendo al mismo tiempo las manos de O que intentaba, a su pesar, detener su brazo, O leyó en los ojos del alemán un deleite tan violento que supo que no obtendría la menor piedad (en ningún momento la había esperado) así como también, y sobre todo, que Carl regresaría.

Ocurría también que, de vez en cuando, O fuera conducida a una de las habitaciones de la planta baja que daban al parque y que antaño ella había ocupado. En una ocasión, creyó que viviría largo tiempo, en una especie de dicha, y se lo repitió en voz baja, como hablan las sombras de la noche:

«¿Cómo se puede saber que son sueños los sueños que vuelven sin fin? ¿Acaso mi vida es otra cosa que un sueño de vigilia? He sido trasladada a esta casa que no es mi casa, ni la casa del hombre que amo. Él quiere sin embargo, desde ahora, hacerme vivir aquí. Mi habitación es tranquila y oscura, con una gran puerta-vidriera que se abre sobre el parque. La gran cama es tan baja que apenas parece una cama, se confunde con el suelo y con la pared en la que se apoya. Todo lo que no es la cama se encuentra en una pequeña estancia vecina, cuya puerta se pierde en el empapelado, todo: la

bañera, el armario, el tocador. En la habitación hay un gran espejo frente a la cama. En parte está fijo sobre una puerta. Si se mueve, es porque alguien entra».

No era él. ¿He dicho que estaba desnuda? Era un criado que traía una bandeja: Té para tres personas, con bocadillos de berro, *scones* y una tarta de frutas muy azucarada, casi negra, como se comen en Londres. Depositó la bandeja en un ángulo de la cama y salió. El gran perro de los Pirineos que lo seguía se sentó a un lado de la bandeja, tan silencioso y embarazado como yo. Contemplé nuestro reflejo en el espejo, muy claro sobre el fondo rojo oscuro de la pared y las cortinas, y fue en el espejo donde vi, a mi izquierda, abrirse la puerta-vidriera. Él entró, me sonrió, me cogió en sus brazos cuando me levanté. Me arrodillé sobre la alfombra junto a la cama para servir el té y le entregué una taza, abrí los *scones* y les puse manteca, corté un trozo de tarta. ¿Para quién era la tercera taza? Él adivinó que yo deseaba hacerle esa pregunta.

—Tendrás una visita, en seguida.

—¿Quién?

—¿Y eso qué importa? Alguien a quien yo quiero.

—¿Usted no se quedará?

—No, por supuesto.

No, por supuesto, al principio no comprendí. Más tarde, supe que el espejo sólo era espejo de mi lado, y que la puerta era transparente, que daba a una segunda estancia desde la cual él, si lo deseaba, lo observaba todo: todo lo que pasaba en mi habitación. Naturalmente, había más habitaciones con iguales dispositivos. ¿Y por qué decir mi habitación? Aunque los prisioneros dicen mi celda, sin haberla elegido, mientras que yo había elegido ser prisionera. «Si aceptas ser mía, yo dispondré de ti». Como un disco, aquellas palabras que sólo habían sido pronunciadas una vez, para no ser repetidas jamás, giraban en mi cabeza. El joven alto y muy delgado que un criado había conducido hasta la habitación y al que ahora Sir Stephen acogía debía de tener los poderes de él. Sir Stephen depositó su taza. Yo entregué una al desconocido.

—*Isn’t she sweet? She’s yours* —dijo Sir Stephen y nos dejó.

Retirar la bandeja del té era un esfuerzo inútil. En la cama había todo el espacio necesario. ¿Quién borrará los sueños?

Era raro que los miembros del club o los visitantes fuesen al restaurante o al bar acompañados de mujeres, pero el hecho también se producía, de tarde en tarde. A condición, por supuesto, de ir acompañadas, la entrada no estaba prohibida a las mujeres, así como tampoco el acceso a las habitaciones. El hombre que las llevara no tenía que pagar ningún extra, aunque sí lo que consumieran o comieran, y no tenía por qué dar el nombre de ellas. La única diferencia que existía, en esas circunstancias, entre Roissy y un hotel por horas cualquiera, consistía en que en Roissy había que alquilar, junto con la habitación, una chica. En la gran sala caldeada en la que los enormes filodendros y helechos que envolvían las paredes despedían olor a encierro, ellas se quitaban la chaqueta del traje. Su seguridad, que escondía quizá una enfermedad, su curiosidad, que intentaban disfrazar con insolencia, sus sonrisas, que trataban de que parecieran despreciativas y que en ocasiones correspondían a un desprecio genuino, soliviantaban a las chicas y divertían mucho a los hombres presentes, asiduos de Roissy, ya fueran socios o clientes.

Durante los ocho días que O cumplió servicios en el restaurante a mediodía, tres veces aparecieron mujeres, en días diferentes. La tercera a la que vio O, alta y rubia, acompañaba a un joven al que O tenía ya visto en el bar. Se sentaron en una de las mesas designadas a su servicio, en una rinconera cercana a la ventana. Casi en seguida, se les reunió uno de los miembros del club, llamado Michel, que hizo una seña a O para que se aproximara. Michel se había acostado una vez con O. Mientras presentaba a la joven, O escuchó al hombre decir:

—Mi mujer.

Ella llevaba una alianza adornada con pequeños diamantes y, en el centro, un zafiro casi negro. Michel se inclinó, se sentó y cuando el maître ya hubo tomado la orden, le dijo a O, que escuchaba:

—Tráele el álbum a la señora.

La joven empezó a pasar las páginas del álbum con aire distante y, sin duda, pasó sobre la foto de O haciendo como que no la había reconocido, cuando su marido le dijo:

—Mira, es la misma, se la puede reconocer.

La mujer levantó la vista hacia O, sin sonreír:

—¿De veras? —preguntó.

—Pasa a la página siguiente —dijo Michel.

—¿Has leído la ficha? —preguntó su marido.

La joven cerró el álbum, sin responder. Pero cuando O, que se había ido a buscar el primer plato, regresó a la mesa, vio que la mujer hablaba animadamente y que Michel reía. Callaban cada vez que se acercaba, pero no lo suficientemente deprisa como para que O, cuando traía el café, no pudiera escuchar al marido, que insistía:

—Bueno, decídete de una vez.

Michel agregó algo que O no alcanzó a captar, y la joven alzó los hombros. En la gran habitación, no se desvistió, acarició con sus manos secas a O, que creyó sentir sobre sí las garras de un pájaro gigantesco, luego la miró acariciar a su marido, entregarse a él. Al partir la dejaron desnuda, no la habían flagelado, maltratado ni insultado. Le habían hablado cortésmente. O nunca se había sentido más humillada.

—Esas mujerzuelas —dijo Noelle, cuando O, a quien había visto partir con la pareja e interrogado después, terminó por decirle lo que había ocurrido, y la impresión que había sentido—, esas mujerzuelas son tan putas como nosotras, claro, porque de otro modo, no vendrían a este lugar. Pero, ¡qué se creen! Yo, si pudiera, les daría de bofetadas.

Esos sentimientos, referidos a las mujeres que venían como visitantes, eran constantes y unánimes. Mientras que Noelle, y todas las otras chicas, y O, si llegaban a sentir envidia de las chicas traídas a Roissy por sus amantes, se debía únicamente al interés que les despertaba su amante, y no existía nunca ningún sentimiento de rencor o de verdaderos celos. Durante su primera estancia, O no había sospechado cuántos deseos debió de provocar a su alrededor: deseos de hablarle, de ayudarle, de saber quién era, de besarla, en las chicas que, a su llegada la habían desvestido, lavado, peinado, pintado, puesto el corsé y el traje, chicas que cada día se habían ocupado de ella y que habían tratado en vano de hablarle cuando creían que nadie las veía; completamente en vano, porque a O nunca se le había pasado por la cabeza responder. Cuando le llegó el turno de realizar lo que se llamaba «servicio de dormitorios», es decir, ir acompañada de Noelle a las habitaciones del gran claustro

para vestir, peinar y maquillar a las chicas alojadas allí, O se sintió verdaderamente turbada por esa especie de calco múltiple, de encamación en numerosos ejemplares de lo que ella había sido, y que día a día se le formaban entre las manos, hasta el punto de que nunca atravesaba la puerta sin temblar, cada vez que iba a las habitaciones rojas. Y que todas eran rojas. Lo que de veras la desolaba era que nunca llegó a descubrir con certeza qué habitación había sido la suya. ¿La tercera? El álamo gigantesco se balanceaba frente a la ventana. Los ásteres pálidos, que perduraban durante el otoño, estaban floreciendo justo entonces. Era el equinoccio de septiembre. Pero la cámara quinta también tenía su álamo y sus ásteres. Se hallaba ocupada por una chica grácil, blanca contra la pintura escarlata, temblorosa, soportando por vez primera en las nalgas las rajaduras violeta del látigo. Se llamaba Claude. Su amante era un joven delgado de unos treinta años, que la sostenía por los hombros, de espaldas, como René había sostenido a O, y la miraba con pasión mientras abría su suave vulva ardiente para un hombre al que nunca había visto y debajo del cual gemía. Noelle la lavó. O la pintó, le abrochó el corsé, le puso el vestido. La chica tenía los senos tiernos, con los pezones rosados, las rodillas redondas. Había enmudecido y se sentía perdida. Ella, y las chicas como ella, pertenecientes a los afiliados, y que sólo ellos compartían, que se entregaban en silencio, y que cuando estuvieran lo bastantes bragadas y cabalgadas abandonarían Roissy, el anillo de hierro en el dedo, para ser prostituidas fuera de Roissy cada una por su amante, para exclusivo placer de éste, eran, para las chicas que se prostituían en Roissy, incluso dejando de lado los grilletes, por dinero, para satisfacción y placer de los miembros del club, y no de un hombre que las quisiera, un objeto de curiosidad y de conjeturas interminables. ¿Regresarían a Roissy? Y, en caso de que volvieran, ¿serían encerradas en el claustro o bien, aunque no fuera más que por algunos días, libradas del silencio y colocadas en la comunidad? Hubo una chica a la que su amante dejó durante seis meses en el claustro, se la llevó y no volvió jamás. Pero O volvió a encontrar a Jeanne, que había pasado un año en la comunidad para luego partir y más adelante regresar, Jeanne, a la que René había acariciado ante ella, y que había mirado a O con tanta admiración y tanto deseo. Golpeadas y encadenadas como las otras, las chicas de

la comunidad eran, sin embargo, libres. No libres de no ser golpeadas mientras se encontraran allí, sino libres de marcharse cuando quisieran. Las que eran tratadas con más crueldad eran las que menos se quedaban; Noelle se quedaba dos meses, desaparecía durante tres, regresaba cuando no tenía más dinero. Pero Yvonne y Julienne, fustigadas todos los días, como O, y al igual que ella, a veces, como Noelle había predicho, azotadas varias veces por día, Yvonne, Julienne y O eran prisioneras voluntarias, al igual que las chicas del gran claustro.

Al cabo de seis semanas, durante las cuales no había dejado de esperar, a pesar de la decepción diaria, la llegada de Sir Stephen, O comprendió que, si no eran raros los afiliados que venían a pasar temporadas en Roissy, lo mismo ocurría con los clientes. De todos modos, se establecían preferencias, hábitos (como se establecían también para los criados, hasta el punto de que, en el refectorio, el criado poseía muy a menudo a la misma chica: eso ocurría también con O, a la que José solía hacer sentarse encima de él, a la inversa, sujetándole con las manos las nalgas de manera que ella, volviéndose apenas, se parecía a la mujer pasmada de las estatuillas hindúes, poseída por el dios Shiva), y O se fijó en las frecuentes visitas de Carl, menos por el hecho de que a veces apareciera cuatro días seguidos, solicitándola siempre tarde, alrededor de las nueve, que por sus intentos de hacerle hablar, cada vez, de Sir Stephen. Él raramente consentía en ello, y siempre prefería explayarse sobre lo que él le había dicho a Sir Stephen (a propósito de O), que sobre lo que Sir Stephen le había respondido. Ni una sola vez le dejó dinero a O. Y no porque desconociera esa costumbre. Una noche había hecho subir junto a O a otra chica, que resultó ser Jeanne. La devolvió muy pronto, quedándose con O, pero la devolvió con las manos repletas de billetes. Para O, nada. No comprendía O lo que ocurría hasta que una noche de octubre, en lugar de irse, como acostumbraba, Carl se interrumpió y le pidió a O que se vistiera, esperó que estuviera lista y le entregó una caja alargada, de cuero azul. O la abrió: contenía una sortija, un collar y dos brazaletes de diamantes.

—Te los pondrás en lugar de los que llevas ahora —dijo Carl—, cuando yo te lleve conmigo.

—¿Llevarme? —preguntó O—. ¿Adónde?

—Primero te llevaré a África —dijo Carl—, y después a América.

—Usted no puede hacer eso —repitió O.

Carl hizo un ademán como para callarla:

—Voy a arreglar el asunto con Sir Stephen y te llevaré conmigo.

—¡Pero yo no quiero! —gritó O de golpe, presa del pánico—. ¡No quiero, no quiero!

—Sí, querrás —dijo Carl.

Y O pensó: «Huiré, sí, con él nunca; huiré».

El cofrecillo estaba abierto sobre la cama deshecha, las joyas, que O no podía mirar, brillaban en el desorden de las sábanas; valían una fortuna.

«Huiré con los diamantes», se dijo O, dirigiendo una sonrisa a Carl.

Él nunca regresó. Diez días después, mientras aguardaba, al comienzo de la tarde, vestida con el traje amarillo y gris del primer día, a que un criado le abriera la pequeña puerta que conducía a la biblioteca, O escuchó a alguien que corría a sus espaldas y se volvió: era Anne-Marie y llevaba un periódico en la mano. Le tendió el periódico, pálida como O nunca la había visto.

—Mira —le dijo.

El corazón empezó a saltarle a O en el pecho: en primera página, un semblante inexpresivo, la boca entreabierta, unos ojos que miraban al vacío: su rostro. Un titular de gruesos caracteres: «¿Quién es la mujer desnuda del crimen de Franchard?». El artículo decía que unos alpinistas que se entrenaban en el bosque de Fontainebleau, en las gargantas de Franchard, alertados por los aullidos de un perro, habían descubierto en la espesura el cadáver de un hombre asesinado por un balazo en la nuca. El desconocido, que parecía extranjero, había sido despojado de todos sus documentos. Encima, oculta en un bolsillo secreto en el doble fondo de la chaqueta, le habían encontrado la foto de una mujer completamente desnuda que, según ciertas señales, debía tratarse de una prostituta, a la cual estaba buscando la policía. La descripción que seguía no dejó ninguna duda: era Carl.

—¿Sabes lo que puede significar eso? —preguntó Anne-Marie.

—Oh, sí —respondió O—. Sir Stephen… No hace falta decir más.

—Sí —dijo Anne-Marie—. Aunque no tienes necesidad de decir

que Sir Stephen te lo envió. Existe la posibilidad de que lo detengan.

Cuando la Policía llegó a Roissy, Carl ya había sido identificado, gracias a las marcas de la ropa y de la tintorería, que fueron reconocidas por su sastre y por los empleados de su hotel. O no fue interrogada sino para completar las pesquisas y, sobre todo, el interrogatorio giró sobre Sir Stephen. Sabían que Sir Stephen estaba en relación con Carl. ¿Qué tipo de relación? O lo ignoraba. Después de tres horas de interrogatorio, O no había dicho nada, salvo que hacía dos meses que no veía a Sir Stephen.

—Pregúntenle a él —gritó, por fin—. Eso es lo que tienen que hacer.

—Parece que no comprendes que, probablemente, él fue quien liquidó al belga, tu bello amigo, y por eso ha desaparecido. Pero de eso a que podamos probarlo…

No pudieron probarlo. Se suponía que Carl, conocido por haber estado vinculado con el negocio de las minas de metales preciosos en África Central, después de haber negociado sin derechos y por cantidades considerables (de las cuales se encontraron huellas en sus cuentas bancarias, aunque el dinero había sido retirado) las concesiones o el producto de las mismas con agentes extranjeros —posiblemente ingleses, probablemente Sir Stephen— se disponía a marcharse de Europa cuando dichos agentes, al verse estafados y sin ningún apoyo ni defensa legal, se vengaron. En lo que se refería a echarle el guante a Sir Stephen… en lo tocante a la posibilidad de que regresara…

—Ahora eres libre, O —dijo Anne-Marie—. Podemos quitarte los grilletes, el collar, los brazaletes, hacer desaparecer la marca. Tienes los diamantes, puedes regresar a tu casa.

O no lloró ni se quejó. Tampoco respondió a Anne-Marie, que agregó:

—Pero, si quieres, puedes quedarte aquí.

Roissy - en - France

Texto inédito de André Pieyre de Mandiargues

Pido permiso para mostrarme orgulloso de haber sido, al menos por una vez, un buen lector. Ese orgullo no es vanidad, creo, y lo que me empuja al mismo es la conciencia de no haber engañado a O cuando la bella Historia *fue publicada hace quince años, y de haberle otorgado desde el primer momento un absoluto consentimiento y una admiración sin fisuras mientras la mayoría de nuestros amigos del mundo intelectual se mostraban más bien reticentes o desconcertados, en el primer momento, ante un relato en el cual se podía ver la gran maravilla producida por la literatura francesa en aquella época de transición. Yo había oído hablar del libro antes de que fuera publicado, desde hacía bastante tiempo, sí; pero éramos bastantes los que estábamos en ese caso, y todavía me asombra que hayamos sido tan pocos los que reconocimos la fuerza trágica del libro de Pauline Réage, los que nos sentimos trastornados por su acento ardiente y puro. Semejante desconocimiento, que resulta divertido señalar hoy, demuestra la originalidad de la obra. No había nada que pudiera estar menos de moda que* Historia de O *en 1954, y el libro, que no apareció clandestinamente sino a la luz del día, que fue puesto a la venta sin precaución ni restricción alguna, exponiéndose en los escaparates de todas las librerías (punto muy importante) que creían poder venderlo, fue considerado como un simple objeto de curiosidad. Fue un premio literario, como todo el mundo sabe, seguido de un pequeño escándalo, lo que le hizo pasar del rango de «curiosidad» al de los grandes éxitos de librería y lo que le ocasionó también diversas persecuciones por parte de la policía y de las comisiones de censura. Su editor, que no esperaba tanto, fue el primero en sorprenderse, si no recuerdo mal, y muchos de los que se habían mostrado más*

recalcitrantes empezaron a deplorar aquella propaganda que, al procurarle un amplio público, corría el peligro de vulgarizar un libro demasiado precioso para ser entregado a cualquier aficionado… Vieja aventura, que irrumpe de repente en la actualidad por el hecho de la publicación de una continuación de la Historia de O.

¿Hasta qué punto Retorno a Roissy *es una continuación de O? Y si la palabra continuación es exacta, he aquí la primera pregunta que se plantea, que no es fácil de resolver. Habíamos oído decir, al salir de imprenta la edición original (acompañada, la de mi biblioteca, con un bonito grabado de Hans Bellmer), que la composición de la obra había sido modificada antes de ser enviada al editor y que algunos capítulos habían sido retirados. No se puede impedir, por lo tanto, que muchos vean en el* Retorno *un capítulo final que la autora habría suprimido. En todo caso, se respeta la cronología entre el último episodio de la edición original y éste que se nos acaba de ofrecer, al igual que entre los cuatro capítulos de la novela anterior. Indudablemente no existe ninguna relación entre el* Retorno *y el breve párrafo* (existe un segundo final para la *Historia de O*. En éste se relata que, viendo que Sir Stephen está a punto de abandonarla, O prefiere morir. Él consiente) *que caía como un hachazo después del cuarto capítulo y antes del índice. En ese párrafo, siempre he creído ver un admirable artificio de la novelista y el final auténtico de la* Historia, *la conclusión que confiere a la novela su significado más profundo, sellándola como la losa de una tumba, mientras que las páginas finales del cuarto capítulo la dejan abierta y no alcanzan a constituir verdaderamente un final. Por otra parte, la* Historia de O *tiene, como se sabe, un doble principio*.

Esto indica que Pauline Réage no desprecia la simetría. No veríamos nada insensato en el hecho de que la autora se haya propuesto dos desenlaces para su relato, siendo el primero el del párrafo final, la muerte voluntaria de la heroína, y el segundo este Retorno a Roissy *que tenemos actualmente ante los ojos. Sin embargo, conviene esperar algún engaño. Réage, a la primera lectura, si no a primera vista, parece una escritora de una simplicidad verdaderamente ejemplar, hasta el punto de que uno se siente tentado a alabarla diciendo que es «simple como el amor». Simple como Eloísa, de la que Jean Paulhan, en su prefacio a la primera* O, *citaba la soberbia frase: «Yo será tu* filie de joie», *evocando la posibilidad de que allí hubiera algo más que una bella frase… En realidad, pasados ciertos límites, el amor no es tan simple como creen*

las buenas o las malas personas. Eloísa es simple sólo en apariencia; Pauline Borghèse y Pauline Roland, esas dos «célebres desvergonzadas» de las cuales hoy Réage confiesa que ha tomado su nombre, no lo son tanto; Pauline Réage probablemente lo es aún menos que todas, contrariamente a la fugitiva impresión que nos deja su libro, y ni el gran silencio de O ni eso que Jean Paulhan llama su «inconcebible decencia» revelan simplicidad.

Es necesario estar muy atento a la breve nota que inicia el nuevo relato. «Las páginas que siguen —escribe Réage—, son una continuación de la Historia de O. En ellas se propone deliberadamente la degradación y, por tanto, nunca podrían haberse integrado a la novela». En efecto, Retorno a Roissy es un ala agregada al castillo casi místico de O para descubrir que una mina colocada en sus cimientos está, a punto de estallar y destruirlo. Al comienzo, cuando se utiliza a la infantil Natalie, gentil personajillo cuya aparente inutilidad en la primera O me había chocado, el tono es el mismo y uno piensa que volverá a encontrarse en el extraño convento de las severidades libertinas. Pero no por mucho tiempo, porque el nuevo relato nos muestra, en lugar del claustro consagrado a la transfiguración del amor, tan sólo un trivial burdel de lujo, una especie de country-club como los que se encuentran, según los iniciados, en los alrededores de casi todas las metrópolis de la sociedad capitalista; y las pensionistas de la casa, O incluida, no son, esta vez, más que putas ordinarias encargadas de servir a unos ricos idiotas tan comunes como sus compañeras. Sir Stephen, el fascinante príncipe de ojos grises (Réage dixit), el reformador del arte de amar, no es otra cosa, según se descubre ahora, que un truhán, lo bastante vulgar como para asesinar, o hacer asesinar, a un socio deshonesto. Y es a causa de sus negocios con ese tramposo que entrega a O a los tratos brutales de este último, igual que si fuera una de esas chicas que los industriales entregan a sus clientes principales, después del café, para agilizar la firma de un contrato. La palabra «negocios», podredumbre definitiva, envenena con sus miasmas el Retorno, mientras que en la primera O, la ausencia de estos negocios colaboraba a la pureza de su clima. ¿Debemos gritar nuestra indignación?

Podríamos hacerlo. Pensemos, por tanto, que el verdadero motivo de la Historia de O es una ascesis fanática del amor, llevada demasiado lejos en la persona de una mujer por un método de degradación progresiva, voluntariamente aceptada por el sujeto y que debería, en

buena lógica, desembocar en una degradación total de la carne. Pensemos también que, en la mística de la sumisión, el orgulloso placer de degradar el propio cuerpo es una especie de debilidad, apenas más excusable que el placer de los sentidos. Considerando seriamente el propósito del Retorno, *¿acaso Réage no se mantiene fiel a su primer designio, que no hace más que llevar al extremo mediante la degradación de la ascesis de su heroína, por la vulgarización de aquella mujer poco menos que sublime de la primera historia, después de la escena del mochuelo, que ahora recae en la ruindad de una puta a la que se paga con diamantes? El* Retorno *es una continuación de la* Historia de O *que destruiría a la* Historia *de estar colocada después de ésta. En cuanto a saber si verdaderamente se trata de un capítulo original omitido, o si es una nueva obra, la narradora nos lo dirá, si lo desea.*

Lo que me complace por encima de todo en el Retorno *es la introducción, en la que, bajo el bello título de «Una muchacha enamorada», Pauline Réage se revela un poco, justo lo necesario como para mostrarse bajo la más hermosa luz al contarnos cómo, en qué lugares, de qué manera escribió su primer libro. ¡Admirable Réage! Hay pocos hombres y pocas cosas en Francia a las que ame yo más que a esa mujer y a su obra. Completamente fuera de moda, como ya he dicho, hace quince años, la* Historia de O *ha servido para crear una moda que se expande detestablemente hoy en día y que nos obliga a ver aparecer, todos los meses, cuatro o cinco novelas pretendidamente «eróticas», tan pobres de estilo como de imaginación. El erotismo no se justifica en literatura más que cuando es excepcional, tal como nos lo presenta Réage, tal como acabamos de encontrarlo en el muy priápico, muy esotérico, muy lujoso y resplandeciente* Château de Cene, *que es la obra de uno de los más puros entre los jóvenes poetas de estos tiempos: Bernard Noel.*

ANDRÉ PIEYRE DE MANDIARGUES



DOMINIQUE AURY. Tímida intelectual y escritora francesa cuyo nombre real era Anne Desclos, autora de Histoire d'O (*Historia de O*) bajo el seudónimo de Pauline Réage, la novela erótica prohibida durante años que marcó la década de los 60. Falleció a los 90 años el 30 de abril de 1998.

Eminente figura de la literatura francesa, fue traductora, crítica de cine y editora, siendo la única mujer que se sentó en el comité de evaluación de la editora *Gallimard*, además de miembro de la *Légion d'Honneur*. El Gobierno de Francia anunció recientemente que será incluida en una lista de orgullos nacionales.

Dominique Aury, acostada en su cama con un lápiz y su cuaderno de colegio, no pensaba en publicar sus escritos. Escribió como un desafío, una empresa que emprendía para conquistar más a su amante, Jean Paulhan, al que conoció durante la ocupación alemana, cuando ella distribuía una revista llamada *Lettres Françaises*. Pese a ello, su obra marcó el nacimiento de una nueva subcultura: la del BDSM. Durante largas épocas de su vida, fue una activa militante a favor de la bisexualidad femenina.

Notas

[1] Castillo típico de la zona de Saint-Malo, en la Bretaña francesa. (*N. del T.*).

